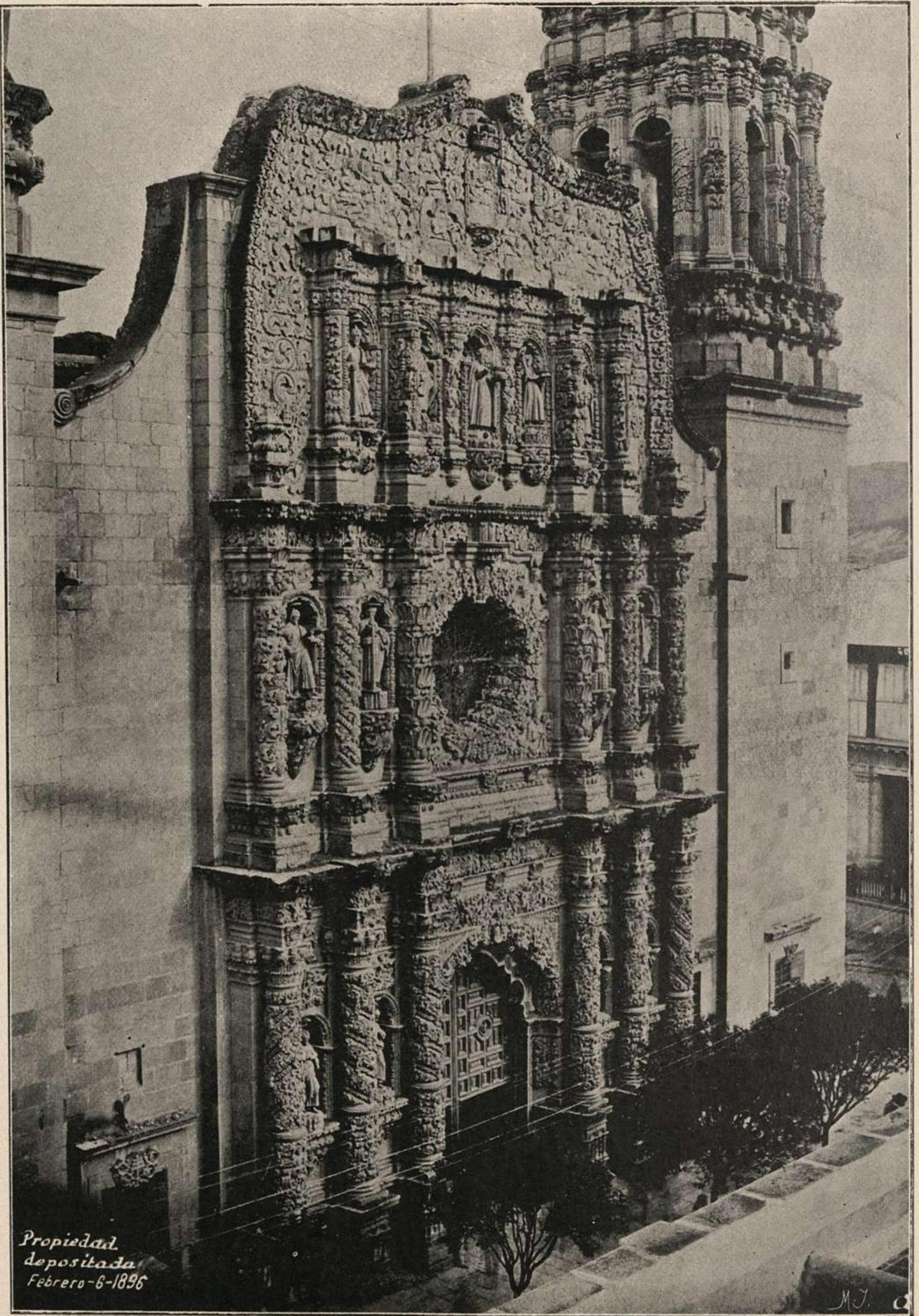


Los Estados. Zacatecas. La Catedral. Fachada.





REVISTA MODERNA
DE
MEXICO

ZACATECAS

Si el capitán Juan de Tolosa, por arte de algún taumaturgo, volviera al mineral por él descubierto y bautizado con el nombre de Nuestra Señora de los Zacatecas; si Don Félix de Guzmán y Avellaneda, primer corregidor de la ciudad de Zacatecas, que gozó de los privilegios de Castilla, tornara á ver su noble y leal ciudad, ambos personajes volverían á sus tumbas asombrados y confundidos. Hoy como antaño el cerro del Grillo tiende sus lomeríos cubiertos de cactus y mezquites, las yucas, los sauces y las palmas se agrupan aún alrededor de los ojos de agua, y como antaño ahora, el cerro de la Bufa alza á 2,700 pies sobre el nivel del mar su hermoso crestón de abigarrados colores, denunciando la existencia de potentes y ricas vetas metalíferas. No se ha conmovido visiblemente desde entonces la sienita que forma la base de todas las montañas y calizas, brechas y pórfidos permanecen inmovibles; pero en cambio la civilización y el progreso que hondamente ha

surcado y conmovido aquellas agrestes serranías!

Desde los remotos tiempos del afortunado capitán Juan de Tolosa, la opulenta leyenda del rico mineral no ha opacado su brillo. De entonces acá, en torno de la brava montaña llena de oro, una ciudad ha nacido y evolucionado y, en los últimos tiempos, la faz de su evolución se ha precisado, asumiendo caracteres de trascendente importancia é irradiando como de un foco fecundador, de la ciudad á todo el territorio del riquísimo Estado.

Un hombre público, de particulares dotes gubernativas, recto, progresista y patriota, se halla á la cabeza de ese movimiento, favoreciéndolo con toda la eficaz ayuda de su inteligencia y de su progresista espíritu. Don Eduardo G. Pankhurst ha sido ese gobernante.

Basta dirigir una mirada á las fotografías que en este número de «Revista Moderna» publicamos, para convencerse de que es una metrópoli moderna, urbana y

latente de progreso y actividad, la que tales pruebas muestra de su importancia y de su bello aspecto.

Los jardines «Hidalgo» y «Morelos,» llenos de fragantes arboledas; la amplia y animada plazuela de Villarreal, limitada en uno de sus costados por esbelta arcada y ornada en su centro por espaciosa fuente; el acueducto de sólida fábrica, gran obra de utilidad pública, y la amplia calle Merced, llena de animado tráfico y ornada de edificios modernos, son manifestaciones todas de una ciudad culta y llena de vitalidad. Agréguese á esto, para acrecentar el encanto que la ciudad de Zacatecas lleva en sí, las joyas allí dejadas por el Gobierno Colonial. Particularmente nos referimos á la Catedral, magna obra arquitectónica, cuyo encanto está fuera de toda ponderación.

El estilo de Churriguera, ese Góngora que rimó poemas de piedra, llega en esta obra á un climax de opulencia y de suntuosidad. El estilo de los plateros labró allí sus más esbeltas estalactitas, sus más sutiles encajes y sus más admirables filigranas.

Allí la piedra floreció vivificada por una primavera de Genio.

El «Sagrario» de México, «Santa Mónica» de Guadalajara, son las únicas obras que con la Catedral de Zacatecas pueden competir.

Entre las obras modernas que han contribuido poderosamente al engrandecimiento de Zacatecas, se cuenta el «Hospicio de niños de Guadalupe,» magno plantel filantrópico que ha sido encomiado por personas de tanta autoridad como Mr. Albert, J. Steelman, Director de la «University Chicago Libray,» quien lo calificó como «uno de los orfanatorios más grandes del mundo entero.»

El objeto de la institución es educar á los niños huérfanos, formando de ellos

hombres útiles á la sociedad, honrados y laboriosos, extinguiendo así la mendicidad y la vagancia con los terribles vicios que á esos males acompañan.

El establecimiento se fundó en 1878, y desde entonces ha sido objeto constante de la atención del Gobierno del Estado, que destina para los gastos la suma anual de treinta y cinco mil pesos, á las que se agregan como veinte mil que producen los talleres, y que el Sr. Lic. Pankhurst, actual Gobernador del Estado, ha cedido en beneficio de la casa y para su mayor ensanche.

He aquí una lista de trascendentes mejoras materiales, que exalta como nada, la labor empeñosa de un gobernante:

Reparación y ornato del Palacio del Poder Legislativo.

Reparaciones y Obras nuevas hechas en el Cuartel de Santo Domingo.

Pintura, composturas y reparaciones de los Juzgados de lo Criminal.

Reparaciones y composturas en el Instituto de Ciencias.

Pavimentación de la Alameda.

Se acondicionó un local, propiedad del Municipio, para poner el Montepío del Hospicio.

Reparaciones y composturas en el edificio «La Aduana.»

Nuevo kiosko en la Alameda.

Reparaciones y composturas en el edificio «Casa de Moneda.»

Diversas composturas verificadas en los Edificios del Estado.

Nuevo edificio destinado á Escuela, el cual lleva el nombre de «Escuela Eduardo G. Pankhurst.»

Compra del Edificio destinado á la Escuela Normal de Profesoras.

En la Estación de «Camacho,» se hizo una Escuela.

En el Partido de Fresnillo un Mercado.
En el Partido de Jerez un Kiosko.

En el Partido de Mazapil una Plaza y pavimentación de las calles.

En el Hospicio de niños de Guadalupe se instaló la luz incandescente; actualmente se están terminando los torreones que corresponden al pórtico, los cuales, por muchos años habían estado paralizados. En el citado Hospicio de Niños de Guadalupe, se han hecho otras mejoras de importancia.

En todos los Partidos del Estado, se han llevado á efecto multitud de Obras de reparación.

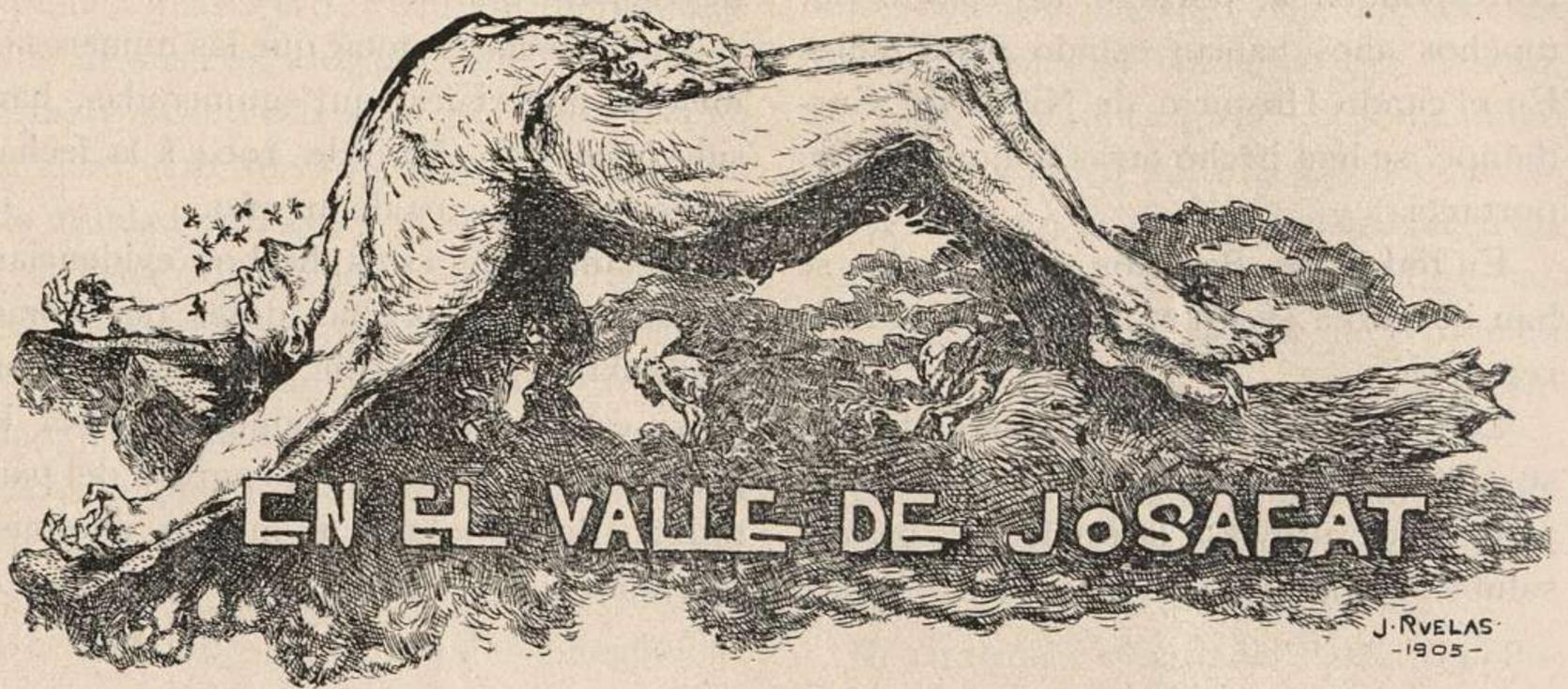
Como Obra principal de trascendencia, se están construyendo puentes sobre el arroyo que atraviesa la población, para la salubridad pública y drenaje de la Ciudad.

Sólo en las Obras que se han efectuado en la Capital del Estado, se han gastado más de \$ 60,000.00 de Abril de 1,904 á la fecha, sin que por ello se hayan desatendido los gastos ordinarios de la Administración Pública.

Hay que hacer notar que las numerosas mejoras materiales aquí enumeradas, han sido hechas de Abril de 1904 á la fecha, es decir, en menos de un año.

Creemos que estos hechos evidencian palmariamente las altas dotes que como Gobernante posee el Lic. Pankhurst, quien en su esfera ha sabido poner en vigor la gran frase que entraña el progreso del país todo: «Poca política y mucha administración.»





Espantados los muertos oyeron que angustioso un clarín rasgó lúgubre los vientos cardinales, y moléculas óseas buscáronse en pasmoso anhelo de dar forma á seres ancestrales.

La célula y la mónada vibraron integrales, ardió en las cuencas áridas el fóstoro verdoso, y el rebaño de espectros invadió pavoroso el valle erial más triste de los valles eriales.

La Escritura cumpliósese. Pero los conjurados soñaban: ¿quiénes eran? ¿á qué fueron llamados? ¿qué ley, qué religión les trajo á aquel desierto?

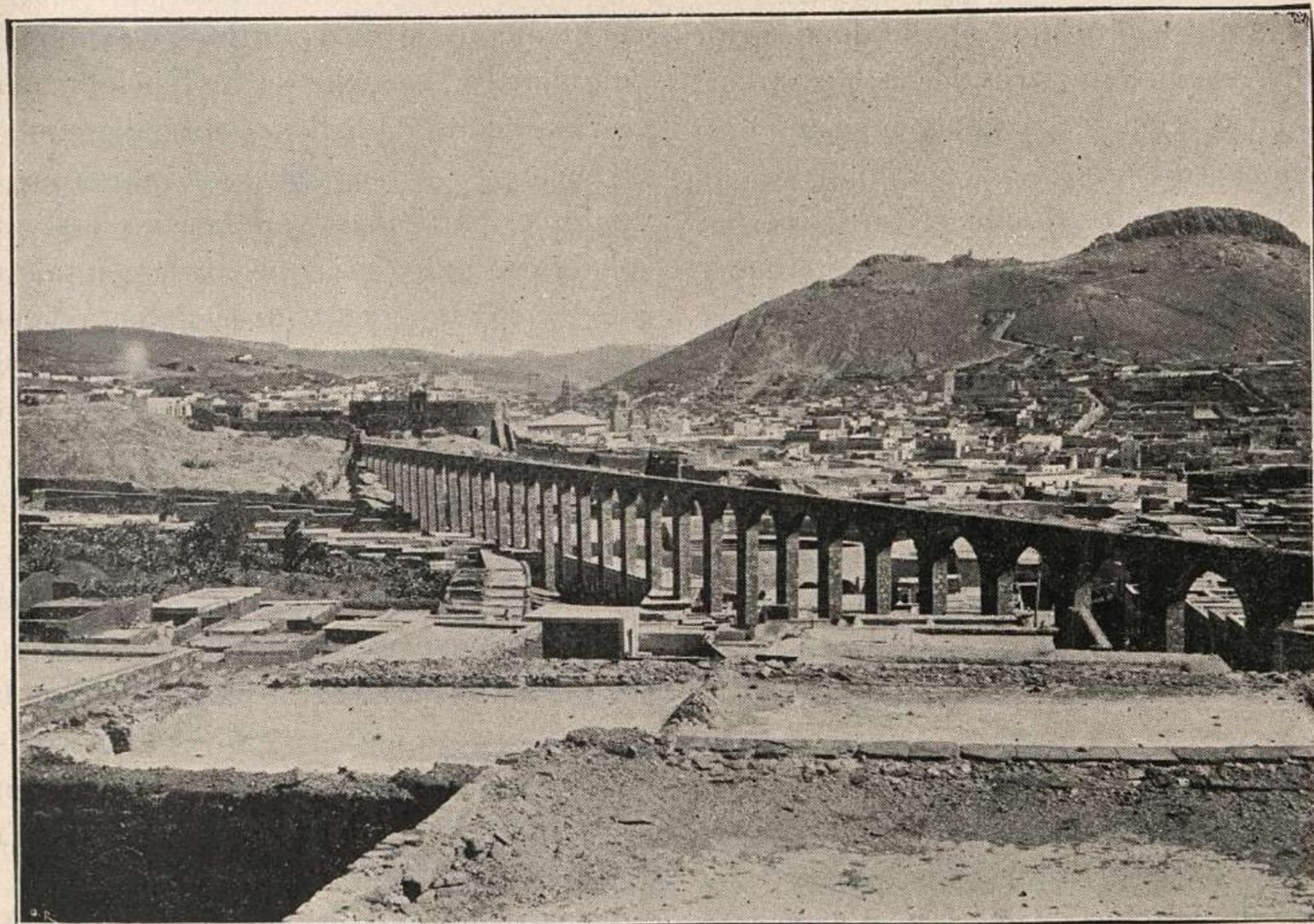
Ni los más leves rastros de remotas edades en el tiempo quedaron. Y las humanidades volvieron á la nada porque Dios era muerto!

RUBÉN M. CAMPOS.

LOS ESTADOS.—ZACATECAS.



Jardín Hidalgo.



Acueducto.

UNA HUMILLACION

La señora que nos obsequió con el gatito nos hizo de él, antes de entregárnoslo, un elocuentísimo panegirico.

—¿Lo ven ustedes tan chiquito y tan mono? Pues es azote de los ratones. . . . ¡Y de una precocidad! ¡qué precocidad, Dios mio! . . . Al mes de nacido cogió el primer ratón, un ratón enorme, casi tan grande como él. . . . ¡Si ustedes lo hubieran visto! ¡daban ganas de comérselo! ¡Qué gatito tan valiente! . . . Por supuesto que es incapaz de devorar un bicho de esos. . . . ¡Uf, qué asco! Juega con ellos nada más, se divierte un buen rato y los deja. . . . Eso sí, en tratándose de otras comidas, es muy goloso, ¿por qué no le de decirlo? Todos tenemos nuestros defectos, ¿verdad? Y á un primor de gatito como éste, bien puede perdonársele un pecadillo venial. No dejen ustedes donde él pueda verlos, ni leche, ni queso, ni fiambres, porque probará de todo. . . . ¡ah! un bocadito no más, no se alarmen ustedes; pero probará, eso sí, vale más que yo se los advierta.

—No importa, dijo Clara, con tal que coja ratones. . . . porque oiga usted, está la casa infestada de ratones. No nos dejan dormir y una noche de éstas se atreven con nosotros. Se han vuelto más audaces. . . .

* * *

Clara no exageraba. A pesar de dos ó tres ratoneras distribuidas en varios rincones y una de las cuales era el alevoso y

nunca bien ponderado «Capito,» una legión de ratas y ratones había invadido la casa. Se hubiera dicho, en las noches, que espantaban, á causa de la multiplicidad de ruidos misteriosos que se oían por todas partes. A veces se percibía, por espacio de muchos minutos, un tictac semejante al del telégrafo, como si el alma en pena de un telegrafista quisiera comunicarse con nosotros. Otras, un ligero y persistente ruido de sierra acababa por enloquecernos con su tenacidad y monotonía. En ocasiones surgía de tal ó cual escondite una especie de suspiro sofocado, alternando con él chillidos rabiosos. La noche se poblaba frecuentemente de pasos furtivos, de rumores enigmáticos. Los libros y los bibelots caían con estruendo, la loza se estrellaba contra el suelo. . . . y bastaba volver los ojos á cualquier parte para ver desvanecerse un misterioso bulto gris que corría con tal rapidez y con tal traza, que se hubiera dicho que rodaba. No era raro despertarse con sobresalto al sentir en el lecho el contacto rápido y fugitivo de una piel sedosa. . . . Era una hermosa rata que campaba por sus respetos entre las sábanas.

—Por fin esto va á acabar! exclamó Clara con un suspiro de alivio. Sin duda que los primeros días, y por más que diga la señora, el gato no hará gran cosa; pero así que crezca un poquillo, cuando menos con su presencia espantará á los ratones. En cuanto ellos huelan que hay un gato. . . . El bichito en tanto se lamía en un ángulo

de la pieza las manos, que la cocinera había untado de mantequilla, «para que se engriera en la casa.»

Era, sin duda, un primor de bichita . . . cruzado de Angora, con una gran cola esponjada y unos ojos de topacio estriados de plata. Parecía un ovillo de seda floja. Toda la piel estaba rayada de flavo y las garras casi no se le veían, por el fleco finísimo que las cubría. Y una arrogancia en la actitud. . . . en los movimientos. . . . pero ¡qué arrogancia!. . . .

La señora dijo que se llamaba «Fierabrás», nombre que había merecido por sus hazañas con los ratones. Y en efecto, entendía cuando se le daba este nombre.

—¡Fierabrás! ¡Fierabrás! le decía Clara, castañeteándole los dedos.

Y el gatito enarcaba el lomo, hacía cola de pararrayo y se repegaba á las faldas de Clara, lanzando un maullido gutural.

—Rrrrr. . . .

—¡Pero has visto qué mansito! exclamaba Clara; nadie lo diría al verlo tan activo y tan jactancioso . . . Ven acá, primor de mi vida, déjame que te bese.

—Rrrrr. . . . respondía el «primor» con tanta gracia, que Clara, loca de entusiasmo, acabó por perfumarlo con su mejor perfume japonés. En seguida buscó un listón azul y lo ató al cuello del bichito, suspendiendo del listón una chuchería de plata dorada.

* * *

Por la noche, la recamarera consultó si debía poner las ratoneras.

—¡Para qué! exclamó Clara, casi enojada, no ves que ya tenemos á Fierabrás? Y Fierabrás, que parecía haber oído esto, se paseaba con cierta actitud sufficientista por las piezas, mirando de soslayo los rincones.

—Yo creo que no sería malo ponerlas, insinué interviniendo: el gato es aún pequeño, y, además, hay tal cantidad de sabandijas que no se daría abasto. Le ayudaremos con las ratoneras dos ó tres días, mientras él se ingenia para desterrar solo, todos los ratones.

Clara no quería convenir en ello y se puso mal humorada porque yo humillaba en su concepto á Fierabrás; hasta que por contentarla, añadí:

—Por lo demás, creo que basta con una ratonera por ahora, simplemente para no dejar á Fierabrás toda la tarea.... después ni esa será necesaria. Y la criada puso una sola ratonera en la pieza contigua á nuestra recámara.

Clara cenó nerviosamente, de prisa; deseaba que nos recogiésemos cuanto antes; que cuanto antes llegase la hora de las justicias; en que Fierabrás empezaría á dar fin con la casta ratonil.

A cada instante se levantaba de la mesa, é iba en busca del gato para ver en qué se entrenía éste.

—¿Qué estás haciendo, minino? preguntaba con voz insinuante?

Minino se había acurrucado por lo pronto cerca de una hornilla en la cocina y ronroneaba dulcemente.

—Eso no está bién, minino, pues y los ratones?

Minino alzaba la cabeza, fijaba en su interlocutora la clara mirada de sus ojos de topacio, llena de vaguedad y de ensueño, y seguía ronroneando como si tal cosa.

—Ha de estar cansado, dijo la cocinera. Sabe Dios cómo lo habrán traído por esas calles. Pero ya verá usted, niña, en cuanto repose un poco. . . .

Sonaron las diez y nos recogimos, teniendo cuidado de dejar todas las puertas de comunicación entreabiertas, á fin de que Fierabrás pudiera discurrir por las ha-

bitaciones á su sabor y entregarse tranquilamente á su cacería.

Excusado es decir que Clara en mucho tiempo no cerró los ojos.

La oía yo removerse constantemente en su lecho, y al menor rumor se incorporaba y preguntaba:

—¿Has oído?

—Duérmete, mujer, decíale yo, ya mañana veremos qué ha hecho el gato. Déjalo en paz.

La primera parte de la noche transcurrió sin novedad. Clara acabó por dormirse después de haber murmurado con un escepticismo que, aunque mitigado, mostraba lo que la decepción empezaba á obrar en su espíritu:

—Creo que hiciste bien en dejar la ratonera.

Pero á eso de la una, empezó á oirse una serie de rumores: el gato maullaba furioso y parecía arrastrar con estruendo por la pieza inmediata una cosa pesada. Esto, unido á las carreras furtivas de siempre y á los chillidos de los ratones.

Clara se sentó en el lecho, lanzando un ¡ah! mezcla de sorpresa y satisfacción.

—¡Por fin! añadió, disponiéndose á levantarse.

—¿Qué vas á hacer? le dije. ¿Quieres atrapar un resfriado inútilmente? Deja á Fierabrás tranquilo en su tarea.

—Tengo miedo de que los ratones y las ratas le hagan mal, es tan chiquito y ellos tan audaces. . . .

—No te creas, no le pasará nada, no es tan tonto para dejarse comer, y además puede huir. Todas las puertas están entreabiertas.

La verdad es que yo tampoco estaba muy tranquilo respecto de la suerte de Fierabrás; pero dominé mis inquietudes y procuré dormirme, pensando en que aquel Napoleón de los gatos no podía correr riesgo alguno.

El estruendo siguió por mucho tiempo, y por fin aquella cosa que se arrastraba por la pieza pareció quedar inmóvil y no volvió á oirse más que uno que otro chillido de ratón.

Clara se durmió de nuevo, más tranquila, murmurando:

—Sin duda que ya lleva media docena.

* * *

Al día siguiente, muy de mañana, devorada por la impaciencia, Clara se levantó, y sin darse tiempo más que para echarse sobre el cuerpo una matinée que estaba á la mano, salió á la pieza inmediata. Yo me quedé despierto y esperando con impaciencia el resultado de sus pesquisas.... De pronto oí un grito de desconsuelo, seguido de las palabras «¡Imbécil, imbécil!»

No pude contenerme y salté de la cama en ropas menores, exclamando:

—¿Qué sucede?

¿Qué había de suceder? que el arrogante, el sufficientista, el jactancioso Fierabrás había caído en la ratonera. . . .

Ahí en un rincón, en la actitud más desgarbada y ridícula del mundo, como si comprendiera su humillación, conservando aún entre los bigotes de plata briznas del queso que servía de cebo. . . . y que se había comido Fierabrás, «el terror de las sabandijas,» se hallaba acurrucado, y en rededor de la ratonera había huellas inequívocas de la estancia de una legión de ratones, que sin duda estuvieron toda la noche contemplando su vergüenza, riéndose de él, vilipendiándolo, escupiéndolo.

Instintivamente le busqué en la cola un cascabel. . . . ¿No le habrían puesto los ratones un cascabel? Mientras Clara, desilusionada hasta la muerte, exclamaba: ¡ridículo, ridículo!

AMADO NERVO.

AGONIA DE LAS ROSAS*

Las Rosas deshojábanse mudas y lastimeras:
Sobre qué sepulcrales y tristes cabelleras?
O sobre qué insepultas y pálidas quimeras?

Las Rosas deshojábanse, graves y pensativas,
Como sobre la frente de princesas cautivas
Una diadema fúnebre de blancas siemprevivas.

Y yo las contempaba con el dolor extraño
De quien naufraga en medio del Odio y del Engaño,
En el día más lúgubre y trágico de mi año. . . .

(Cien años han pasado, sin duda, desde entonces,
Han gemido cien veces los sollozantes bronces,
Y cien veces, las tumbas, han abierto sus gonces).

En la siniestra noche mi corazón caía,
Y junto con el ramo de Rosas que moría,
Empezó de mi ensueño la callada agonía.

Ni una lágrima sola ni un ahogado lamento,
Exhalaba en la sombra mi horrible sufrimiento
Sobre las misteriosas confidencias del Viento.

Me pareció que el ramo de Rosas se inclinaba,
Y que una suave y triste rosa-thé sollozaba,
Y con sus ojos tristes, la rosa me miraba. . .

Yo murmuré en voz baja: "Euglena! Euglena! Euglena!
Amada hermana mía, no sabes de mi pena?
Por qué, al obscuro Limbo tu ausencia me condena?"

(¿Fué el ala de la brisa, por la obscura alameda,
La que cruzó gimiendo con su rumor de seda?
Fué el ala de la brisa? La planta de un Aeda?..)

Y me acerqué hacia el vaso de cristal de Murano,
Y del grupo de Rosas la separó mi mano
Para besar sus hojas con un beso de hermano.

Mas, sus hojas rodaron, sus hojas, una á una,
Como el augurio amargo de mi adversa Fortuna,
Bajo el opalescente resplandor de la Luna . . .

Y fueron deshojándose las Rosas lastimeras
Sobre las olvidadas y muertas Primaveras,
Sobre las insepultas y pálidas Quimeras!

Todas se deshojaron las Rosas pensativas,
Como sobre la frente de princesas cautivas
Una diadema fúnebre de blancas siemprevivas. . .

LEOPOLDO DIAZ

Ginebra—1903.

Publicamos hoy íntegros estos versos, que en nuestro número anterior, por error, salieron truncos.

PIEDAD SUPREMA

“Une larme pour une goutte d'eau.”

V. Hugo

Plaza de *Grève*. . . Al fondo, *Notre-Dame*. . .
El Sena, taciturno, corre aprisa,
Reflejando del cielo la sonrisa
Y del cadalzo la silueta infame.

Que la turba le insulte, ó que le aclame,
El monstruo ve con impasible risa. . .
Tras, la dulce Esmeralda se desliza,
Y antes que grito inmenso le proclame,

Tiende la copa de agua al condenado. . .
“Noël! Noël” murmura alborozado
Y aplaude, al pueblo que arrojara lodo. . .

De Esmeralda el semblante se ilumina,
Y una lágrima ardiente, cristalina,
Humedece la faz de Quasimodo!

LEOPOLDO DIAZ

DE "MI ESPÍRITU RÍTMICO"

VI

Un aire de abandono peregrina
 Sobre la anemia de mis ilusiones,
 Y el silencio se prende á la ruina
 Donde sollozan nuestros corazones.
 Cómo contrasta la heredad vecina
 Estribillando sus alegres sonos
 Con mi noble tristeza y la asesina
 Desesperanza de tus afecciones!
 Cuál se esconde el dolor bajo el marchito
 Fronduje que vistieron tus jardines
 En un tiempo fragante y exquisito;
 Cuando en tu faz ardían los carmines
 Y mi anhelo ascendía á lo infinito
 Amor abierto á todos los confines!

VII

El sigiloso paso del olvido
 Todavía no alcanza mi sendero,
 Y en la nocturna soledad perdido
 Me angustia la pasión con que te quiero.
 Un placer avanzado fué el herido
 Y el ideal el que cayó primero,

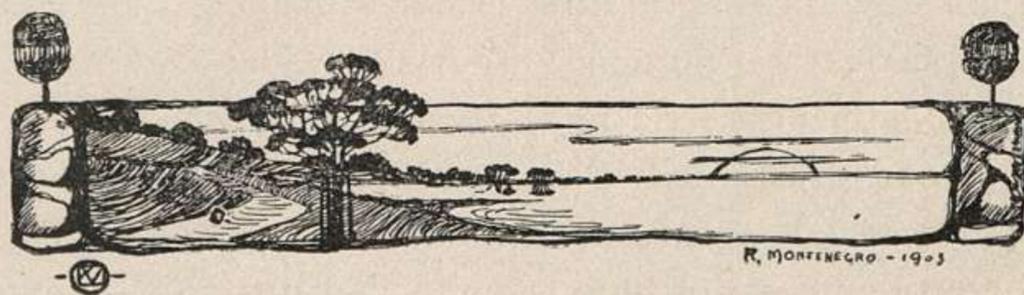
Lo que era sueño juvenil se ha ido;
 Lo que es dolor de realidad, espero;
 Un nimbo de piedad luce tu frente,
 Palidecen tus labios que eran rojos
 Y seduce tu frase por doliente.
 Surgen encantos aún de tus enojos
 Y adoro la existencia únicamente
 Por la inmensa esperanza de tus ojos!

VIII

¡Oh mi sueño! transfórmate en celaje,
 Que sobre mi corazón rocío viertas;
 Te pido en el alma que conviertas
 En piedad resignada mi coraje!
 Todo se va acabando. . . . Del frondaje
 Comienzan á caer las hojas muertas,
 Y por las avenidas ya desiertas
 Ni un pájaro sacude su plumaje!
 Mi novia es una mártir y una santa,
 En cuya faz de palidez de cirio
 Honda impresión de sufrimiento espanta.
 Y en la fascinación de mi delirio,
 Es un extraño amor que se adelanta
 Por sufrir mi locura de martirio! . . .

Camp 1905

MANUEL GARCIA-JURADO



M. PIGEONNEAU

Como es sabido, yo he consagrado mi vida entera á la arqueología egipcia. Sería muy ingrato con la patria, con la ciencia y conmigo mismo, si lamentara el haber sido llamado, desde mi juventud, á la carrera que sigo con honor desde hace cuarenta años. Mis trabajos no han sido estériles. Diré, sin jactancia, que mi *Memoria sobre un Mango de Espejo egipcio, del Museo del Louvre*, puede ser consultada todavía con fruto, aun cuando data de mis comienzos. En cuanto al estudio bastante voluminoso que dediqué posteriormente á una de las pesas de bronce encontradas, en 1851, en las excavaciones del Serapeón, sería una inconveniencia que no pensara yo bien de él, desde que ese estudio fué lo que me abrió las puertas del Instituto.

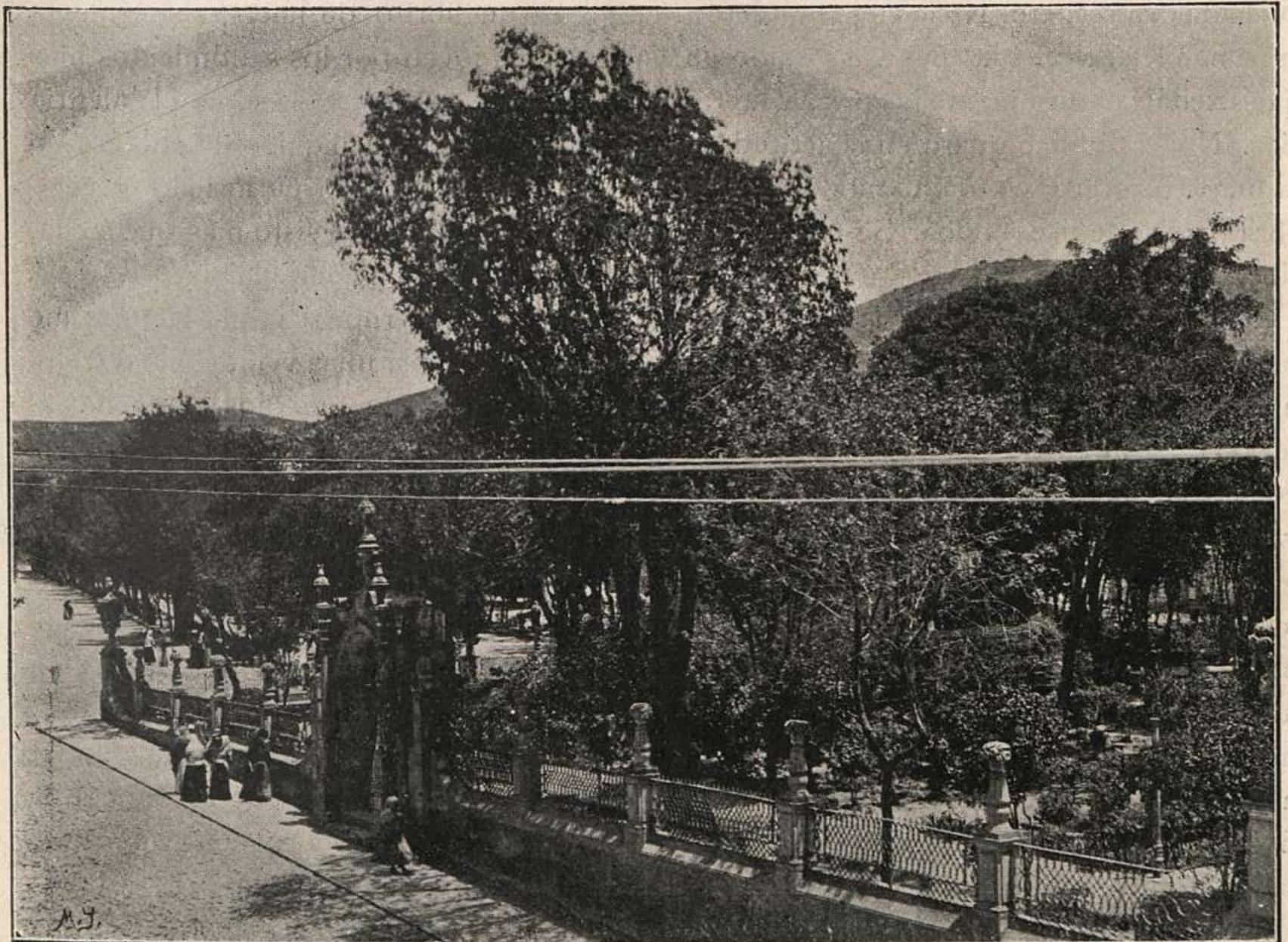
Alentado por la halagadora acogida que varios de mis nuevos colegas habían hecho á mis investigaciones en ese sentido, sentí por un momento la tentación de abarcar en un trabajo de conjunto las pesas y medidas que estuvieron en uso en Alejandria bajo el reinado de Ptolomeo Auleto, 80-52. Pero me di cuenta, en seguida, de que un verdadero erudito no puede tratar un tema tan general, y de que la ciencia sería no podría abordarlo sin correr el riesgo de comprometerse en toda clase de aventuras. Comprendí que, al considerar varios obje-

tos á la vez, me salía de los principios fundamentales de la arqueología. Si confieso hoy mi error, si hago público el entusiasmo inconcebible que me inspiró esa idea completamente desmesurada, obro en interés de los jóvenes, que aprenderán así, por mi ejemplo, á dominar su imaginación. Esta es nuestro más cruel enemigo. Todo hombre de ciencia que no consigue ahogarla en sí, está perdido para la erudición completamente. ¡Tiemblo todavía al pensar en los abismos en que mi espíritu aventurero iba á precipitarme! Yo estaba ya á dos dedos de lo que se llama la historia. ¡Qué caída! Iba á hundirme en el arte. Porque la historia no es sino un arte, ó cuando más, una falsa ciencia. ¡Quién no sabe hoy día que los historiadores han precedido á los arqueólogos, como los astrólogos han precedido á los astrónomos, como los alquimistas han precedido á los químicos, como los monos han precedido á los hombres? ¡Alabado sea Dios! . . . me ví libre de eso, gracias al miedo.

Mi tercer trabajo, me apresuro á decirlo, estaba sabiamente concebido. Era una memoria titulada: *Del traje y tocado de una dama egipcia, en el imperio medio, según una pintura inédita*. Traté este tema de manera de no extraviarme en lo más mínimo. No introduje en él una sola idea ge-



Calle de la Merced.



Jardín Morelos.

neral. Me guardé muy bien de esas consideraciones, de esas comparaciones y de esas opiniones con que algunos de mis colegas echan á perder la exposición de los más bellos descubrimientos. Ahora bien: ¿por qué iba á tener una obra tan sana un destino tan extravagante? ¿Por qué capricho de la suerte iba á causar ella en mi mente los extravíos más monstruosos? Pero no anticipemos los hechos ni confundamos las fechas. Se resolvió que mi memoria fuera leída en una sesión pública de las cinco academias, honor tanto más precioso, cuanto que muy raras veces recae sobre producciones de un carácter semejante. Estas reuniones académicas se ven muy concurridas, desde hace algunos años, por personas de la alta sociedad.

El día que hice mi lectura, había invadido el salón un público escogido. Las mujeres se encontraban allí en gran número. Rostros bonitos y tocados elegantes brillaban en las tribunas. Mi lectura fué escuchada con respeto. No la interrumpieron esas manifestaciones irreflexivas y ruidosas que excitan naturalmente las piezas literarias. No; el público guardó una actitud en la mejor armonía con la naturaleza de la obra que se le presentaba. Se mostró serio y grave.

Como, para hacer resaltar mejor los pensamientos, yo hacía pausas entre las frases, tuve oportunidad de examinar atentamente, por encima de mis anteojos, toda la concurrencia. Puedo decir que no se veían vagar sonrisas leves sobre los labios. ¡Muy lejos de eso! Los rostros más frescos tenían una expresión austera. Parecía que hubiera madurado yo todas las mentes como por encanto. Aquí y allá había jóvenes, que durante mi lectura, cuchicheaban al oído de sus vecinas. Les hablaban indudablemente de algún punto especial tratado en mi memoria.

¡Algo más todavía! Una hermosa dama,

de veintidós á veinticuatro años, que estaba sentada en el ángulo izquierdo de la tribuna del norte, aguzaba el oído y tomaba notas. Su rostro tenía una delicadeza de rasgos y una movilidad de expresión realmente notables. La atención que esta dama prestaba á mis palabras, realzaba el encanto de su fisonomía extraña. La joven no estaba sola. Un hombre grande y robusto, con una larga barba ensortijada, como los reyes asirios, y largos cabellos negros, estaba al lado de ella y le dirigía de tiempo en tiempo la palabra en voz baja. Mi atención, distribuida al principio entre todo el público, fué concentrándose poco á poco sobre esa joven. Esta me inspiraba, lo confieso, un interés que algunos de mis colegas podrán considerar indigno del carácter científico de que estoy investido; pero afirmo que ellos no se habrían mostrado más indiferentes que yo, si se hubieran encontrado en una fiesta semejante. A medida que yo hablaba, ella garabateaba algo en un librito de notas; visiblemente pasaba esa joven por los sentimientos más contrarios, desde la satisfacción y la alegría hasta la sorpresa y la inquietud también. Yo la examinaba con una curiosidad creciente. ¡Ojalá no hubiese visto más que á ella, ese día, debajo de la cúpula!

Estaba para terminar ya mi lectura; me faltaban, á lo más, unas veinticinco ó treinta páginas, cuando mis ojos se encontraron de repente con los del hombre de la barba asiria. ¿Cómo explicar lo que pasó entonces, desde que yo mismo no alcanzo á comprenderlo? Todo lo que puedo decir es que la mirada de ese personaje me sumió instantáneamente en una turbación inconcebible. Las pupilas que me miraban eran fijas y verduscas. No pude desviar de ellas mis ojos. Me quedé mudo, con la nariz al aire. Y al notar que me callaba, la concurrencia aplaudió. Cuando se restableció el silencio, intenté reanudar la lectura.

Pero, á pesar del violento esfuerzo que hice, no conseguí arrancar mis miradas de las dos luces vivas que las atraían misteriosamente. Y eso no es todo. En virtud de un fenómeno más inconcebible todavía, contrariando lo que ha sido mi costumbre de toda la vida, me lancé, generalicé, poeticé, hablé. ¡Dios me perdone! voluntario fué eso! Bajo la influencia de una fuerza extraña, desconocida, irresistible, recité con elegancia y con calor, consideraciones filosóficas sobre el traje y tocado de la mujer á través de los tiempos; generalice, poeticé, hablé. ¡Dios me perdone! del eterno femenino y del deseo errante como un soplo alrededor de los velos perfumados con que la mujer sabe adornar su belleza.

El hombre de la barba asiria no dejaba de mirarme fijamente. Y yo seguía hablando. Al fin, él bajó los ojos, y yo callé. Siento tener que decir que este trozo, tan ajeno á mi propia inspiración como contrario al espíritu científico, fué cubierto de aplausos entusiastas. La joven de la tribuna del norte batía palmas y sonreía.

Fuí reemplazado en el pupitre por un miembro de la Academia Francesa, á quien contrariaba visiblemente tener que hacerse oír después de mí. Sus temores eran tal vez exagerados. La pieza que leyó fué escuchada sin demasiada impaciencia. Creí notar que estaba en verso.

Terminada la sesión, salí del salón acompañado por varios de mis colegas, que me renovaron felicitaciones en cuya sinceridad quiero creer.

Al detenerme un momento en el muelle, junto á los leones del Creuzot, para cambiar unos cuantos apretones de manos, ví al hombre de la barba asiria y á su hermosa compañera, que subían á un cupé. Me encontraba en ese instante, por casualidad, al lado de un elocuente filósofo, de quien se dice que es tan versado en las elegancias mundanas como en las teorías cósmi-

cas. La joven, pasando por la ventanilla de la portezuela su cabeza delicada y su pequeña mano, llamó á mi colega por su nombre y le dijo con un ligero acento de reproche:

—Querido, me tiene usted muy olvidada. Eso no está bien.

Cuando el cupé se hubo alejado, pregunté á mi ilustre colega quiénes eran esa seductora persona y su acompañante.

—¡Cómo!—me respondió—¿No conoce usted á miss Morgan y á su médico Daud, que trata todas las enfermedades por medio del magnetismo, el hipnotismo y la sugestión? Anita Morgan es una hija del más rico negociante de Chicago. Vino á París con su madre, hace dos años, y se ha hecho construir un palacete maravilloso en la avenida de la Emperatriz. Es una persona muy instruida y de notable inteligencia.

—No me sorprenden sus informes—dije.—Yo tenía ya algunas razones para creer que esta americana es una inteligencia muy seria.

Mi brillante colega sonrió y se despidió de mí.

Gané á pie la calle de Saint-Jacques, donde habito, desde hace treinta años, un modesto departamento alto, desde el cual diviso la copa de los árboles del Luxemburgo; y me senté á mi mesa de trabajo.

Estuve allí tres días, muy aplicado, frente á una estatuita que representaba á la diosa Pacht con su cabeza de gato. Este pequeño monumento tiene una inscripción que ha sido mal interpretada por M. Grébault, el célebre egiptólogo. Preparé al respecto una buena conferencia con comentario. Mi aventura del Instituto había dejado en mis recuerdos una impresión menos viva de lo que hubiera podido temerse. No me sentía turbado por ella desmedidamente. A decir verdad, hasta la había olvidado un poco, y fueron menester nuevas circunstancias para hacerla revivir en mi memoria.

Tuve ocasión, pues, de llevar á buen término, en esos tres días, mi conferencia y mi comentario. No interrumpía mi labor arqueológica más que para leer los diarios, enteramente llenos de elogios para mí. Las hojas más ajenas á la erudición hablaban encomiásticamente del «trozo encantador» que había rematado mi memoria. «Ese trozo es una revelación, decían, y M. Pigeonneau nos ha dado la más agradable sorpresa.» No sé por qué consigno aquí semejantes bagatelas, pues á mí me es completamente indiferente lo que se dice de mí en la prensa.

Estaba, pues, encerrado en mi gabinete desde hacía tres días, cuando un campanillazo me hizo estremecer. En el tirón dado á la cuerda había algo imperativo, fantástico y desconocido que me turbó, y con verdadera ansiedad fui yo mismo á abrir la puerta. ¿A quién encontré en el descanso de la escalera? A la joven americana, tan atenta días antes á la lectura de mi memoria; á miss Morgan en persona.

—¡Señor Pigeonneau!

—Soy yo.

—Lo reconozco perfectamente, aunque no viste usted ya su lindo frac de palmas verdes. Pero ¡por favor! no vaya á ponérselo ahora por mí. Me gusta usted mucho más así, con su bata.

La hice entrar en mi gabinete. Ella echó una ojeada curiosa sobre los papiros, las estampaduras y las figuraciones de todo género que tapizan ese gabinete hasta el cielo raso, y después contempló por algunos momentos en silencio á la diosa Pacht, que estaba sobre la mesa. Al fin, dijo:

—Es encantadora.

—¿Se refiere usted, señorita, á este pequeño monumento? En efecto, ofrece una particularidad epigráfica bastante curiosa. Pero, ¿podría saber á qué debo el honor de su visita?

—¡Oh!—me respondió;—¡qué me im-

portan las particularidades epigráficas! La cara de gata que tiene es de una finura deliciosa. Usted no duda que esta es una verdadera diosa, ¿no es cierto, señor Pigeonneau?

Protesté contra esa sospecha injuriosa.

—Semejante creencia—dije,—sería fetichismo.

Ella me miró sorprendida, con sus grandes ojos verdes.

—¡Ah! ¡usted no es fetichista! Yo no creía que se podría ser arqueólogo sin ser fetichista. ¿Cómo puede interesarle Pacht si no la cree usted una diosa? Pero dejemos eso. He venido á verlo, señor Pigeonneau, por un asunto muy importante.

—¿Muy importante?

—Sí, por un traje. Míreme un poco.

—Con mucho gusto.

—¿No nota usted que mi perfil presenta ciertos caracteres de la raza saita?

Yo no sabía qué responder. Una conversación semejante estaba completamente fuera de mis costumbres. Miss Morgan continuó:

—¡Oh, no es extraño! Yo recuerdo haber sido egipcia. ¿Y usted, señor Pigeonneau, ha sido egipcio? ¿No se acuerda? Es singular. Por lo menos, no dudará usted de que todos nosotros pasamos por una serie de encarnaciones sucesivas.

—No lo sé, señorita.

—Me sorprende usted, señor Pigeonneau.

—Me dirá usted, señorita, á qué debo el honor. . . . ?

—¡Es cierto! Todavía no le he dicho que he venido á rogarle que me ayude á combinar un traje egipcio para el baile de máscaras de la condesa N. Quiero un traje de una verdad exacta y de una belleza pasmosa. He trabajado ya mucho en eso, señor Pigeonneau. He apelado á mi memoria, pues recuerdo muy bien haber vivido en Tebas hace seis mil años. He he-

cho venir dibujos de Londres, de Bulac y de Nueva York.

—Era lo más seguro.

—¡No! Nada es más seguro que la revelación interior. He estudiado también el museo egipcio del Louvre. Está lleno de cosas maravillosas. Formas delgadas y puras, perfiles de una finura penetrante, mujeres que parecen flores, con un no sé qué tieso y flexible á la vez. Y un dios Bes que se parece á Sarcey. ¡Dios mío! ¡cuán lindo es todo eso!

—Señorita, no sé bien todavía. . . .

—Y eso no es todo. Fui también á oír la memoria de usted sobre el traje y tocado de una mujer del imperio medio, y he tomado notas. ¡Era un poco dura esa memoria suya! Pero he trabajado firme. Y con todos esos documentos he combinado un traje. Este traje no está todavía completamente bien. Le ruego, pues, que me lo corrija. Venga mañana á casa, querido señor. Hágalo por el amor de Egipto. Quedamos en eso. ¡Hasta mañana! Lo dejo en seguida. Mamá me espera en el carruaje.

Al pronunciar estas palabras, la joven había desaparecido ya; la seguí. Cuando llegué á la antecámara, ella estaba ya al pie de la escalera, de donde subía su voz clara:

—¡Hasta mañana! ¡Avenida del Bosque de Bolonia, en la esquina de la villa Said!

—No iré por cierto, á casa de esta loca, me dije.

Al día siguiente, á las cuatro, llamaba á la puerta de su palacete. Un lacayo me hizo pasar á un inmenso vestíbulo con vidrieras, en el que se amontonaban cuadros, estatuas de mármol y de bronce; sillas de mano de barniz Martin, cargadas de porcelanas; momias peruanas; doce manequies de hombres y de caballos cubiertos de armaduras, á los que dominaban con su alta talla un caballero polaco con alas blancas en la espalda, y un caballero francés en

traje de torneo, y cuyo casco estaba coronado por una cabeza de mujer con capirote, pintada y velada. Todo un bosque de palmeras en tina se elevaba en esta sala, y en el centro de ella estaba sentado un gigantesco Buda de oro. Al pie del dios, una vieja, sórdidamente vestida, leía la Biblia. Yo estaba deslumbrado aún por tantas maravillas, cuando miss Morgan, levantando una cortina de paño púrpura, apareció ante mí con un peinador blanco con adornos de cisne. Vino hacia mí. Dos grandes daneses de alargado hocico la seguían.

—Estaba segura de que usted vendría, señor Pigeonneau.

Balbué un cumplido.

—¿Cómo rehusar nada á una persona tan encantadora?

—¡Oh! No es porque sea bonita por lo que no se me niega á mí nada. Tengo secretos para hacerme obedecer.

Después, indicándome la vieja que leía la Biblia, dijo:

—No se preocupe; es mamá. No voy á presentarlo. Si usted le hablara, ella no podría responderle; está afiliada á una secta religiosa que prohíbe las palabras vanas. En materia de sectas, esta es la última novedad. Sus adeptos se visten con una bolsa y comen en escudillas de madera. A mamá le gustan mucho esas prácticas. Pero, como usted comprenderá, no lo he hecho venir aquí para hablarle de mamá. Voy á ponerme el traje egipcio. No tardaré mucho. Entretanto, usted puede contemplar estas insignificancias.

Y me hizo sentar delante de un armario que contenía un ataúd de momia, varias estatuitas del imperio medio, escarabajos y unos cuantos fragmentos de un precioso ritual funerario.

Una vez solo, me apresuré á examinar ese papiro, con tanto más interés, cuanto que el documento tiene un nombre que yo

había leído ya en un sello. El nombre de un escriba del rey Setí I. Inmediatamente, pues, me puse á anotar varias particularidades interesantes del documento. Estaba absorbido en este trabajo, desde hacía un tiempo que no podría medir con exactitud, cuando me dí cuenta, por una especie de instinto, de que tenía una persona á mis espaldas. Me dí vuelta y ví una criatura maravillosa, con un gavián de oro en la cabeza, y enfundada en una estrecha envoltura, toda blanca, que revelaba la adorable y casta juventud de su cuerpo. Por sobre esa envoltura, una levísima túnica rosa, ceñida en la cintura por un cinto de piedras finas, bajaba abriéndose y formando pliegues simétricos. Los brazos y los pies estaban desnudos y cargados de anillos.

La aparición se presentaba á mis ojos de frente, y con la cabeza vuelta sobre el hombro derecho, en una actitud hierática que daba á su belleza deliciosa un no sé qué de fulgor divino.

—¡Cómo! — exclamé. — ¿Es usted, miss Morgan?

—A menos que sea Neferú-Ra en persona. . . La Neferú-Ra de Leconte de Lisle, ¿sabe? . . . la Belleza del Sol. . . «Vedla cómo languidece en su lecho virginal, muy pálida, y envuelta en finas telas.» Pero no; usted no sabe, usted no sabe versos. Sin embargo, son bonitos los versos. . . ¡Vaya, á trabajar!

Pude dominar mi emoción, é hice á la encantadora joven algunas observaciones sobre su precioso traje. Me atreví á descalificar algunos detalles de él que se apartaban de la exactitud arqueológica. Propuse que, en el engarce de los anillos, se substituyeran ciertas piedras por otras de uso más corriente en el imperio medio. En fin, me opuse decididamente al empleo de un broche de esmalte embutido. Esta joya constituía realmente un odioso anacronis-

mo. Convinimos en cambiarla por un medallón de piedras preciosas engastadas en finísimos alveolos de oro. Ella me escuchó con una docilidad extrema y se mostró tan satisfecha de mí, que quiso retenerme á comer. Me disculpé alegando la regularidad de mis costumbres y la frugalidad de mi régimen, y me despedí.

Estaba ya en la antecámara cuando la joven me gritó:

—¿Eh? ¿no es bastante nitido mi traje? ¿No es cierto que en el baile de la condesa N. voy á hacer morir de envidia á las demás mujeres?

Estas palabras me chocaron. Pero, al volverme hacia ella, la ví otra vez, y quedé encantado de nuevo.

La joven volvió á llamarme:

—Señor Pigeonneau, usted es un hombre amable. Hágame algún cuentecito, y lo querré mucho, mucho, mucho.

—No sabría hacerlo —le respondí.

Ella encogió sus hermosos hombros y dijo:

—¿Para qué serviría, entonces, la ciencia, si no se prestara á hacer cuentos? Usted me hará un cuento, señor Pigeonneau.

Considerando enteramente inútil repetir mi negativa absoluta, me retiré sin responder nada.

Nos cruzamos en la puerta con ese hombre de la barba asiria, el doctor Daud, cuya mirada tan misteriosamente me había turbado bajo la cúpula del Instituto. Me hizo el efecto de un hombre de los más vulgares, y sentí haber tropezado con él.

El baile de la condesa N. tuvo lugar unos quince días después de mi visita. No me sorprendí absolutamente al leer en los diarios que la hermosa miss Morgan había hecho sensación en él con su traje de Neferú-Ra.

Y no volví á oír hablar de ella en todo el resto de ese año de 1886. Pero el día de Año Nuevo, en momentos en que esta-

ba yo escribiendo en mi gabinete, un criado me trajo una carta y una canasta.

—De parte de miss Morgan —me dijo. Y se retiró.

Al poner la canasta sobre la mesa, salió de ella un maullido. La abrí; un gatito gris saltó afuera.

No era un angora. Era un gato de una especie oriental, más esbelta que las nuestras, y muy parecido, por lo que pude juzgar, á esos congéneres suyos cuyas momias envueltas en burdas fajas se encuentran en tan gran número en los hipogeos de Tebas. Se sacudió, echó una ojeada á su alrededor, enarcó el lomo, bostezó y luego fué á restregarse, ronroneando, contra la diosa Pacht, que alzaba sobre mi mesa su talle puro y su fino hocico. Aunque era de color sombrío y de pelaje ralo, ese gato era gracioso. Parecía inteligente y se mostraba lo menos huraño posible. Yo no podía imaginarme las razones de un regalo tan extravagante. Y la carta de miss Morgan no me dijo mucho al respecto. Estaba concebida en estos términos.

«Querido señor: Le envío un gatito que el doctor Daud ha traído de Egipto y al que amo mucho. Trátelo bien por amor á mí. Baudelaire, el más grande poeta francés después de Stéphane Mallarmé, ha dicho: «Los amantes fervorosos y los sabios austeros—aman por igual, en su madura vida,—á los gatos poderosos y tranquilos, orgullo de la casa, que, como ellos, son friolentos, y, como ellos, sedentarios.» No necesito recomendarle que tiene usted que hacerme un cuento. Me lo traerá el día de los Reyes. Ese día comeremos juntos.
—Anita Morgan.

«P. D.—El gatito se llama Porú.»

Después de haber leído esta carta, miré á Porú que, erguido sobre sus patas traseras, lamía el hocico negro de Pacht, su hermana divina. El me miró también, y

debo declarar que, de nosotros dos, no era él el más sorprendido.

Me pregunté á mí mismo:

—¿Qué quiere decir todo esto?

Pero renuncié en seguida á resolver la cuestión. «Tonto de mí,» me dije, «si fuera á buscar sentido á las locuras de una joven destornillada. Trabajemos. En cuanto á este animalito, la señora Magloire, mi ama de llaves, proveerá á sus necesidades.» Volví, pues, á entregarme á mi tarea, un trabajo de cronología, tanto más interesante para mí cuanto que en él zarandeo un poco á mi eminente colega M. Masperús. Entretanto, Porú no salía de mi mesa. Sentado sobre sus patas traseras, con las orejas tiesas, me miraba escribir. Y, cosa increíble, no hice nada bueno ese día. Mis ideas se confundían; acudían á mi mente trechos de canciones y fragmentos de cuentos extravagantes. Fui á acostarme bastante descontento de mí. Al día siguiente encontré á Porú sentado siempre sobre la mesa y lamiéndose la zarpa. Ese día también trabajé mal; Porú y yo nos pasamos la mayor parte de las horas contemplándonos mutuamente. Al otro día sucedió la misma cosa, y al otro también, y así durante una semana. Habría debido afligirme por esto; pero tengo que confesar que poco á poco iba resignándome á mi desgracia con paciencia y hasta con alegría. La rapidez con que se deprava un hombre honrado es una cosa terrible.

El domingo de Epifanía me levanté muy jovial y corrí á la mesa de trabajo, donde Porú me había precedido ya, como de costumbre. Tomé un buen cuaderno de papel en blanco, metí la pluma en la tinta y escribí, en letras grandes, bajo la mirada de mi nuevo amigo: *Las tribulaciones de un mandadero tuerto*. Y, sin desviar mis ojos de los de Porú, me puse á escribir y estuve escribiendo todo el día, con prodigiosa rapidez, un relato de aventuras tan mara-

villosas, tan divertidas, tan variadas, que á mí mismo me tenían muy entretenido. Mi mandadero tuerto se equivocaba de bultos y cometía las equivocaciones más graciosas. Amantes colocados en una situación crítica recibían de él, sin que él lo sospechara, un socorro imprevisto. El infeliz transportaba armarios con hombres metidos dentro de ellos. Y estos hombres, introducidos así en un nuevo domicilio, asustaban á unas viejas. Pero ¿cómo analizar un cuento tan divertido? Veinte veces reventé de risa al escribirlo. Si Porú no se reía también, en cambio, su expresión grave era tan agradable como los semblantes más alegres. Eran las siete de la noche cuando tracé la última línea de ese amable trabajo. Desde hacía una hora, la pieza no estaba alumbrada más que por los ojos fosforescentes de Porú. Pero yo había estado escribiendo con tanta facilidad en medio de las tinieblas como habría podido hacerlo á la claridad de una buena lámpara. Una vez mi cuento terminado, me vestí; me puse el frac negro y la corbata blanca, y, despidiéndome de Porú, bajé rápidamente la escalera y me lancé á la calle. No habría hecho veinte pasos, cuando sentí que me tiraban de la manga.

—¿A dónde corre usted así, tío, como un sonámbulo?

Era mi sobrino Marcelo el que me interpelaba de esa suerte, un joven honesto é inteligente, interno de la Salpêtrière. Dicen que hará camino en la medicina. Y, en efecto, tendría una inteligencia bastante buena si desconfiara un poco más de su imaginación caprichosa.

—Voy á llevar un cuento de mi invención á miss Morgan—le respondí.

—¿Cómo, tío! ¿usted hace cuentos y usted tiene relaciones con miss Morgan? Miss Morgan es bastante bonita. ¿Conoce también al doctor Daud, que la sigue á todas partes?

—¿Un empírico! ¡un charlatán!

—Seguramente, tío; pero no hay que negar que es un experimentador extraordinario. Ni Bernheim, ni Liégeois, ni el mismo Charcot, han obtenido los fenómenos que él produce á voluntad. El doctor Daud provoca el hipnotismo y la sugestión, sin contacto, sin acción directa, por intermedio de un animal. Para sus experimentos se sirve, por lo común, de gatitos de pelo ralo. Vea cómo procede: sugiere un acto cualquiera al gato, y envía en seguida el animal, en una canasta, al sujeto sobre el cual quiere obrar. El animal transmite la sugestión que ha recibido, y el paciente, bajo la influencia de ese intermediario, ejecuta lo que el operador le ordena.

—¿Es cierto eso, sobrino?

—Es cierto, tío.

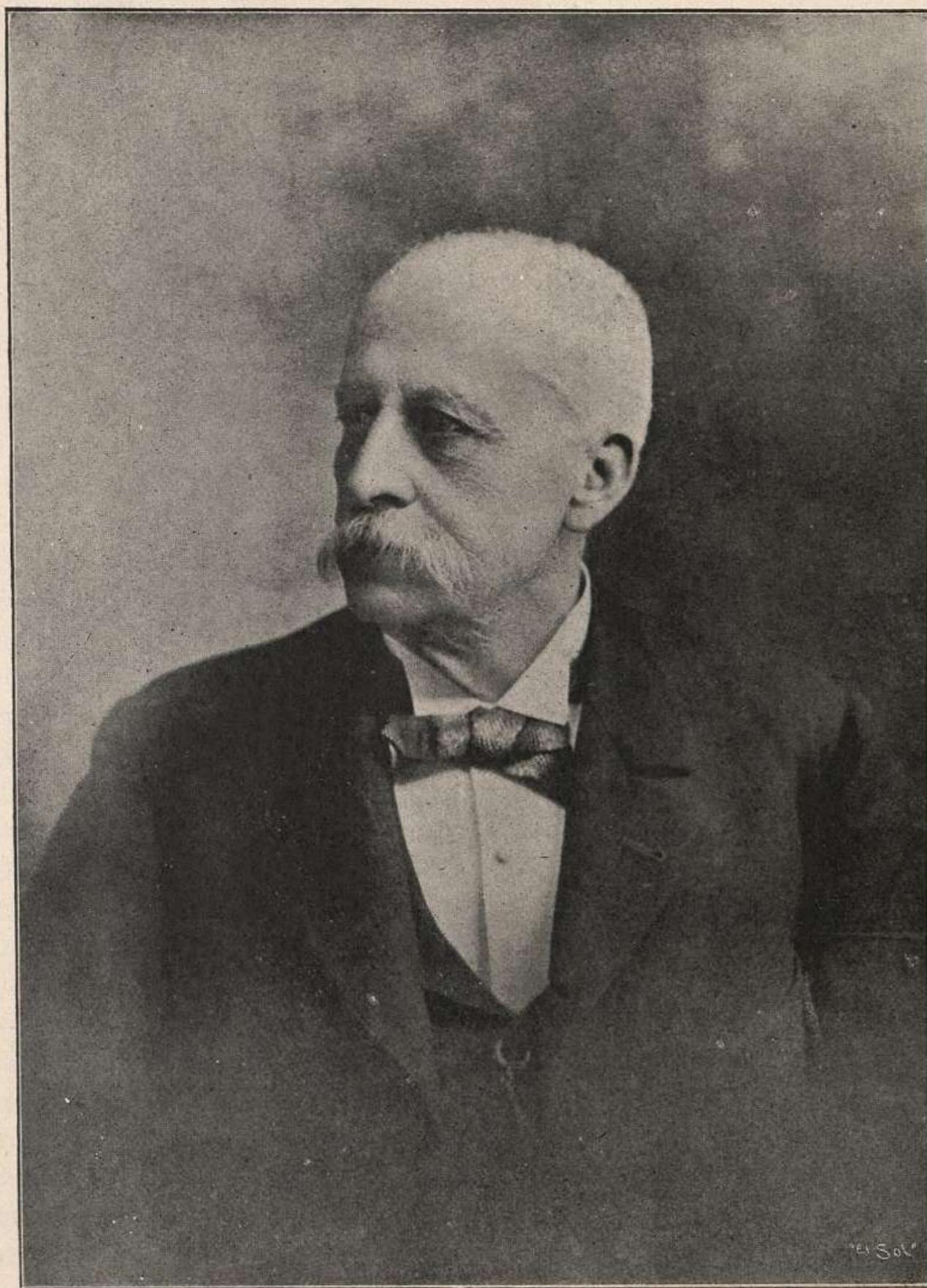
—¿Y cuál es la parte que tiene miss Morgan en tan preciosos experimentos?

—Miss Morgan, tío, hace trabajar al doctor Daud en provecho de ella, y se sirve del hipnotismo y de la sugestión para hacer cometer ridiculeces á la gente, como si su belleza no fuera ya suficiente.

No oí más. Una fuerza irresistible me arrastraba hacia miss Morgan.

ANATOLE FRANCE.

LOS ESTADOS. - ZACATECAS.



SR. LIC. EDUARDO G. PANKHURST, Gobernador del Estado.

ALMA OFENDIDA

Inédita para «La Revista Moderna.»

Posó sus ojos en mí,
y entonces le dije así:
—“Cuando á este mundo viniste,
¿qué vió tu pupila, dí,
que se ha quedado tan triste ?....”

Nada su voz respondió;
pero mi alma adivinó,
— mi alma celosa é inquieta,
que lo que aquí no encontró
fué su sueño de poeta

Y posa en mí su mirada
por la tristeza nublada
buscando con ansiedad,
en la noche más cerrada,
el hilo de claridad.

¡Oh buzo que buscas perlas!
En mí no has de recogerlas.
Mar sin conchas ni dulzores
son mis aguas.al beberlas,
beberás sólo amargores.

Vuelve tu mirar sombrío
hacia la linfa del río.
en él hallarás la huella
que busca tu desvarío:
tiembla allí una hermosa estrella.
¡ve á pescarla, dueño mío!.

MARÍA ENRIQUETA.

ESTUDIOS ECONÓMICOS

EL RIEGO EN AGRICULTURA

I

El agua es tan indispensable como la tierra para la vida de las plantas. La tierra es el gran almacén de las substancias alimenticias de los vegetales, y el agua es el vehículo necesario para que las materias terrosas vayan á nutrir á las plantas.

No hay vegetación, no es posible la vida de los vegetales sin tierra húmeda.

El agricultor debe calcular su riqueza por la extensión de tierra húmeda que posee.

La lluvia es el modo natural de proporcionar humedad á la tierra. Pero la lluvia presenta, generalmente, dos grandes defectos para su aprovechamiento agrícola: ó es completamente insuficiente para madurar las cosechas, ó está tan mal distribuida con relación á las estaciones y á los cultivos, que, aunque grande el volumen de líquido que precipita, resulta ó inútil ó perjudicial para la labor agrícola. De aquí la necesidad del riego, es decir, la necesidad de proporcionar á la tierra agua en tiempo oportuno y en cantidad determinada para cada labor.

Muchas veces —y esto pasa en nuestro país en grandes extensiones de terrenos pastales— la lluvia se precipita en tiempo oportuno y cantidad suficiente para provocar y favorecer el desarrollo de las plantas; pero las condiciones del suelo no permiten que el desarrollo de los vegetales se verifique.

Procuraremos hacer más clara esta idea. Cuando la lluvia se precipita sobre algún terreno, se pueden observar dos hechos muy patentes: 1º, una parte del agua es absorbida por el suelo; y 2º, otra parte del líquido escurre sobre la superficie del suelo para precipitarse por las laderas á las barranquillas, después á las barrancas, adelante sigue por los arroyos, llega á los ríos torrenciales para entrar después á los ríos caudalosos de corriente tranquila.

El líquido absorbido por el suelo es el único que sirve para provecho de las plantas, siempre que aquél permita la circulación del aire en el terreno; en otros términos: para que una planta se desarrolle, se necesita que la lluvia ó cualquier otro agente proporcione agua suficiente para la alimentación vegetal; pero sin impedir que llegue al suelo arable el aire que oxida las substancias terrosas para transformarlas en alimentos de las plantas.

Todo terreno que se conserve húmedo por el mayor tiempo posible después de la lluvia, será á propósito para el cultivo.

Los indios pápagos del S. W. de los Estados Unidos, que practican la más ruda agricultura, han aprendido el axioma que dejamos apuntado arriba y han demostrado cómo se pueden almacenar los aguaceros. Siempre que llueve en cantidad suficiente para que el agua escurra, todos los hombres, mujeres y niños, sin preocuparse por la tor-

menta, salen al campo á establecer infinidad de pequeñas presas de tierra, tapando la salida, dondequiera que sea, á las pequeñas corrientes de agua que se forman sobre el terreno. Esperan á que el agua sea absorbida por el suelo, y entonces siembran maíz en el suelo mojado; y como resultado de esto —dice un autor americano— la tribu está gorda y feliz en el siguiente invierno.

El pasto hace perfectamente el papel de las presas de los pápagos; cuando un terreno está cubierto por pasto bien desarrollado, detiene el escurrimiento del agua de lluvia por tiempo sobrado para que la tierra la absorba.

Recargar un terreno pastal de ganado es arruinarlo.

El ganado caballar, lanar ó bovino, cualquiera que sea, cuando permanece mucho tiempo pastando en un mismo rancho, consume hasta las más pequeñas hojas; en forma que, cuando llegan las lluvias, no sólo escurren rápidamente sobre el terreno limpio de obstáculos, sino que arrastran consigo la tierra vegetal é impiden para siempre el desarrollo de nuevas plantas.

Se oye muy á menudo quejarse á los ganaderos y hacendados de que en nuestro país no llueve tanto como antes, y esto es una gran falsedad. Lo que realmente sucede es que han aumentado considerablemente el número de cabezas de ganado que su terreno puede mantener: el ganado ha llegado á consumir, obligado por el hambre, hasta el cuello de la raíz del pasto, comenzando así la destrucción de la pradera; vienen en seguida las lluvias que, al escurrir sobre un terreno sin obstáculos, adquieren velocidad suficiente para arrastrar la tierra vegetal, y en un proceso de pocos años vemos desaparecer una pradera fértil para dejar su lugar á la roca desnuda é inútil ó al árido tepetate. Una pradera sin riego sólo puede mantener una cabeza de ganado mayor por cada 8 hectáreas de superficie; forzar esta proporción, es provocar la ruina del terreno, por mejor que sea.

La conservación de las praderas, situadas generalmente en la falda de las monta-

ñas, hace que el escurrimiento de las lluvias sobre el terreno sea lento, y así es como se protege á los terrenos inferiores de las devastaciones que siempre causa el agua torrencial.

II

Por lo que hemos dicho, respecto de las praderas, se comprende fácilmente que, para restaurar un prado agotado, debe retirarse de él toda clase de ganado, dejarlo descansar —como dicen los hacendados,— y levantar de tramo en tramo pequeños bordos de tierra, á lo largo de las líneas de nivel, que impidan el rápido escurrimiento de las aguas.

Las tierras de labor abiertas en las laderas, se agotan muy rápidamente por la misma causa que se agotan los prados —por el arrastre de las tierras, ocasionado por los aguaceros.— La tierra aflojada por el arado opone menos resistencia al arrastre por las aguas pluviales, y si el agricultor no pone atención al trazar los surcos, verá desaparecer su labor mucho más aprisa que una pradera situada en terreno semejante al de la tierra labrada.

Para conservar una buena labor en ladera, deben trazarse los surcos en el sentido de las líneas de nivel, y dándoles una pendiente muy suave para el desagüe del líquido no absorbido por el suelo.

Si la labor tiene entradas de agua, procedente del escurrimiento de los terrenos superiores, debe cuidarse de desviar esas entradas, tan luego como el líquido llene los surcos y comience á saltar de uno á otro.

En tesis general, un terreno será de buenos productos si se conserva húmedo, si no tiene charcos y si nunca sufre deslaves.

Los terrenos que así se conservan, además de dar buenos productos, normalizan los escurrimientos, suavizando mucho el carácter torrencial de los arroyos adonde concurren sus aguas.

Los bosques son los grandes regularizadores de los escurrimientos; el suelo está

aflojado naturalmente por las raíces de los árboles; así es que el agua de lluvia se infiltra muy fácilmente, está lleno de obstáculos, raíces, brotes, pastos, etc., que hacen que el escurrimiento sobre el terreno, cuando lo hay, sea muy lento; y, finalmente, la evaporación queda muy reducida por la protección que las copas de los árboles dan al suelo.

Podemos decir que los bosques almacenan los aguaceros para arrojarlos después lenta y constantemente á los arroyos, colectores de la cuenca en que están situados.

Por supuesto que hasta aquí llega el papel de los bosques con respecto á la lluvia, y nunca debe aceptarse que la precipitación pluvial aumenta con el número de árboles que se planten en un lugar.

La lluvia cae cuando un viento, relativamente caliente, que trae aire húmedo, encuentra un medio más frío. Si la tierra fuera perfectamente lisa, sería probable que los vientos, sin encontrar obstáculos, distribuyeran las lluvias uniformemente en amplias bandas, paralelas al Ecuador; pero la parte densa de la atmósfera que rodea á la tierra encuentra, como obstáculos en su movimiento, todas las cadenas de montañas que surcan los Continentes.

Observemos un viento que trae aire húmedo del mar al Continente:

Al llegar á la costa, si ésta está más fría que el aire, habrá precipitación; si no, el aire húmedo continuará tierra adentro, hasta llegar al encuentro de una eminencia que lo obligue á elevarse, y, entonces, la disminución de presión y el frotamiento con la falda fría de la montaña producirán un fuerte descenso de temperatura, y, como consecuencia, vendrá la lluvia.

Salva el viento la eminencia, y entonces arrastra por la vertiente opuesta aire seco, que se apoderará ávidamente de la humedad del suelo, hasta llegar á chocar contra otra eminencia, en donde, ya cargado de humedad, reproducirá los fenómenos que hemos descrito anteriormente.

Así, en una cadena de montañas, observaremos que las vertientes que reciben constantemente el choque de vientos que arrastran aire húmedo, tendrán bosques frondosos, y arroyos y ríos de corriente perenne; pero en las vertientes opuestas, se encontrará, indudablemente, aridez, vegetación escasa, barrancas y arroyos, secos la mayor parte del año, y de régimen torrencial cuando lleven agua. Pretender formar bosques en estos lugares para aumentar la lluvia, vale tanto como plantar un tarjetón con un aviso del tenor siguiente:

«A la Naturaleza: se necesita lluvia en esta comarca.»

Se comprende ahora fácilmente la importancia que tiene la repoblación y la conservación de los bosques para el buen régimen de la lluvia caída; pero, por ningún concepto, debe esperarse que la repoblación y conservación de los bosques aumente la cantidad de precipitación acuosa.

Los bosques son, casi siempre, los lugares en que nacen los arroyos de corriente constante y poco sujeta á variaciones.

Si todas las fuentes importantes de un río son boscosas, y si las secundarias son de terrenos bien labrados, ó de praderas perfectamente conservadas, se puede tener confianza en que el río, ni tendrá crecientes devastadoras y violentas, ni se verá sin agua en la temporada seca del año.

(Continuará).

POETAS QUE COMIENZAN.

V E N

Oh! ven á mí; vivir sin ti no puedo;
Tú me has robado el alma,
Y apagaste la luz de mi existencia
Al negarme la luz de tus miradas.

Por ti me fuera de vivir la dicha
Como ninguna, grata;
Porque era verte mi ilusión suprema,
Y estar siempre á tu lado mi esperanza.

En el mar de la vida el rumbo cierto
Tus manos me mostraban;
Mi faro eran tus ojos y tus brazos
Puerto seguro do mi nave anclara.

Hoy sin ti en esta noche tormentosa,
Negra como mis ansias,
Surco la mar sin brújula y sin faro
A merced del furor de la borrasca.

Ah! mi vida sin ti no tiene objeto.
¿Para qué, prenda amada.
Me hubieran de servir las manos mías
Si ya no han de oprimir tus manos blandas?

¿Qué habrán de hacer mis brazos amorosos
 Si á mí tu amor me falta,
 Si no puedo enlazarlos á tu cuerpo
 Cual madre selva que los troncos ata?

¿Qué habrán de ver sin ti los ojos míos
 Si son, niña, del alma,
 Girasoles abiertos que te siguen
 Buscando de tus ojos la áurea llama?

Qué harán los labios míos sin los tuyos,
 Flor roja como una ascua,
 De cuyo cáliz, cual si abeja fueran,
 Mis labios nada más sus mieles sacan?

¿Y qué hará el alma mía, si en tu pecho
 Te niegas tú á guardarla?
 Si es ave errante y para alzar el nido
 No halla en los bosques protectora rama?

Oh! ven á mí; vivir sin ti no puedo;
 Hazme la vida grata;
 Que iluminen el cielo de mi vida
 Tus áureos ojos con la luz que irradian.

Marzo 20 de 1905.

EFRÉN M. LAVALLE



NOTICULAS DE SCHEVENINGUE

26 de agosto de 1903.

El calor me echa de Amsterdam. Vengo á pasar aquí un día y á bañarme en esta mar del Norte, cara á Enrique Heine, y que ha inspirado las marinas de Mesdag. Pero el tiempo ha corrido; me he dejado vivir y llevo en esta playa casi dos semanas. He tenido que aviarme de todo, pues no traje ni un pañuelo de repuesto. Estas horas de vida que le caen á uno como de sorpresa, ¿no son las mejores? Cuántas veces he llegado á una estación de ferrocarril y pedido billete para el tren más próximo á partir! Son las correrías más dulces esas escapadas al azar, y las que mejor amo! Al ver cajas de camisas y franelas recién compradas, en el desorden de este cuarto de hotel, comprendo que mi estada aquí es bien provisional y pienso en toda mi vida vivida á la carrera. ¿A dónde, Dios mío, á dónde he echado raíces? Tengo yo, por ventura, lo que tienen todos: un hogar, una familia, una patria, un plan de existencia, un rumbo sobre la tierra? Mi casa en Amsterdam, ¿no es provisoria? Mi vida en París, ¿no es de tránsito? Mi estancia en Caracas, ¿no es de paso? Mis viajes, ¿no son un vuelo?

¡Y pensar que bien pronto voy á cumplir treinta años, edad que me espanta, no sé por qué! Treinta años y no haber hecho nada! A los treinta años asiste uno al en-

tierro de la primera, de la genuina juventud. Eso se va, se va; se va y no vuelve! La vida toma otro aspecto. Ya no es uno el mismo; es otro. Y á esa otra persona, que, sin embargo, es uno mismo—cosa de pesadilla—sucederá á los 40, á los 45, á los 50 años nueva persona, otro ser distinto, un extranjero. Las ideas y los sentimientos de ese intruso, acaso difieran de los nuestros y vendrán á chocar con ellos. Y después lo terrible, lo ineludible: la muerte; la muerte, que siempre nos sorprende como si no la esperásemos. . . . En realidad porque no la esperamos. . . . todavía. Por cima de nuestras cabezas pasa volando, como en el fresco del Campo Santo de Pisa, la mujer de la guadaña! Cuánta prisa! Apenas se nos deja tiempo de nada! Y tanto sueño por soñar; y tanto ensueño por realizar!

No quisiera morirme sin haber hecho algo. Pero, Dios mío, ¿qué es lo que yo tengo de hacer?

27 de agosto.

El mar del Norte no es como aquel azul y risueño Mediterráneo que me recuerda mis mares del trópico. Desvaído, sucio, de estaño ó de plomo, carece de aquellas rumorosas crines de espuma y de aquel horizonte infinito. El aire—velo de Mab de las cosas—no es aquí transparente; y no

presta su encantamiento al ópalo del cielo ni al zafiro del mar. Hoy, la mañana es epaca. Mirando al cielo he pasado un momento de angustia. Las nubes se arrastraban por los tejados. La bóveda celeste, incolora, pesada, abrumante, me parecía la tapa de una trampa, tapa que iba á caer sobre la ciudad. Sentí malestar físico; pensé que me asfixiaba, y empecé con la boca abierta á respirar todo el aire marino. Un golpecito en la espalda me hizo olvidar ese comienzo de pesadilla. Era una de mis amigas de Scheveningue, ó mejor dicho, de Amsterdam. Me encuentro aquí toda una camada de conocidas, muchas de las cuales no veo en Amsterdam sino de tarde en tarde. Aquí está la señorita Van den Bergh, alta, blanca, fría, á la que llamo Mademoiselle Iceberg; aquí está la v. d. Linden, rubia, enamorada y cantora, á quien llamo Elsa; aquí está, por último, Letta. . . . Con Letta hice ayer un grupo, fotografiados ambos en traje de pescadores de Scheveningue, un traje bien ridículo por cierto: —la mujer peinada un poco á la Cleo de Mérode, un cachivache blanco en la cabeza, enormes zarcillos péndulos, y un complicado vestido negro de talle monstruoso; el hombre, también de negro: pantalones anchísimos, sin bragueta, camisa, blusa y gorra del mismo color de luto, zapatos de pana ídem, una red á la izquierda, por el suelo, un canasto á la derecha y una caña en la mano. Lo malo fué que el imbécil del fotógrafo nos puso de fondo, en vez de un horizonte marino, la arquitectura de un palacio, en medio de un bosque. Nos reímos como unos locos de encontrarnos, sin quererlo, pescando en medio de una floresta, frente á un palacio.

Así van pasando los días.

¿Y las noches?—preguntará algún malicioso.

28 de agosto.

Scheveningue rebosa de judíos. En Holanda, en Amsterdam por lo menos, los judíos son quienes sostienen teatros, cafés, cortesanas, etc. Scheveningue es una playa de Israel. El holandés ama el confort de su casa, donde permanece encerrado; no la ciudad, como los antiguos, ni siquiera el lujo de las Capitales, como los modernos. El clima ha hecho del holandés lo que la religión ha hecho del cuáquero: un ente sombrío, sentado á su escritorio, silencioso, frente al fuego. Las diversiones públicas no lo divierten; «the attractions» no lo atraen. Ópera, carreras de caballos, carreras de automóviles, partidas de placer, cuanto constituye el encanto de las grandes ciudades, no existe para él. Los judíos, repito, sostienen el lujo de Amsterdam. Los «usureros» derrochan. . . sin perder la chaveta por supuesto. En cambio el hijo de Holanda es económico hasta la tacañería.

Adriano van Ostade, Jan Steen, muchos de los grandes maestros del siglo XVII holandés, han pintado al pueblo en el seguro de su interior, taciturno, jugando á las cartas, frente á la tetera humeante ó á la botella de shiedam; fumando sus pipas; zurciendo medias; guisando las golosinas con que va á regalar su voracidad;—ó bien en alguna de esas explosiones bárbaras de animalidad, en alguna orgía, á puerta cerrada, en la sordidez de infame tugurio. Dorad un poco más esos interiores: que las porcelanas de Maestrich sean más finas, que el paisaje de Wynants sea auténtico, que el ambiente sea menos ruín, que el tipo de las personas sea menos vulgar, y tendréis un interior de casa burguesa del día, interior que apenas difiere, según puede colegirse, de los interiores holandeses del tiempo y mundo de Rembrant y van der Helst.

Se diría que el holandés pone por obra el verso del místico:

vivir quiero conmigo.

Este pueblo tiene muchas cosas en su carácter, en su historia y en su vida, dignas de admiración y de respeto; pero la gran virtud por donde el mundo entero se descubre ante los bátavos, es la gran virtud siempre allí patente é irrestañable de la tolerancia en materia de religión. Gracias á esta virtud nacional, viven allí felices desde siglos atrás los hebreos, que nuestros abuelos expulsaron de España y de Portugal. A cada paso encuentra uno en Holanda los nombres de Rodríguez, de Pereira, de Mézquita, de Lobo, de Jordán. No puedo negar que tengo simpatía, hasta cierto punto, por la raza hebrea. ¿Qué pueblo de Europa se ha conservado puro, como el pueblo judío? Para él no ha habido ni conquistas, ni invasiones. Es hoy, dentro de lo posible, el mismo pueblo que en los tiempos bíblicos. ¿Cuántas gotas de sangre extraña hay en sus venas? Las persecuciones no han podido destruirlo. Dos mil años de patadas y de salivazos no han podido desfigurar los rasgos de su rostro. Sólo el medio físico, al que no puede substraerse, imprime en él huellas. Por lo demás, supo vengarse é imponerse, agarrando á la humanidad por el bolsillo, punto más sensible que el corazón ó el cerebro. Los que necesitan dinero, á él van á pedirselo. Los mismos reyes de Castilla se valían del talento financiero de estos súbditos réprobos para salvar la fortuna del Estado, perdida en las inútiles y santas manos del catolicismo. Si el hombre conociera el remordimiento colectivo, si no fuera el más cruel de los carniceros, se avergonzaría, se dolería de haber perseguido por espacio de veinte siglos á esta raza inteligente, activa y diplomática—que ha pasado por las

tantas vicisitudes sin perecer. La recrudesencia del antisemitismo, sobre todo, en Francia y en Rusia, por los días que corren, es uno de los mayores y más injustificables crímenes de esta vieja Europa, fanática y prostituta, vanidosa y agresiva, rapaz y cobarde.

Es hoy cuando los judíos debieran ser más honrados. Aparte las verdades científicas—que abren la inteligencia de las multitudes;—aparte las aplicaciones prácticas de la ciencia—que suavizan las costumbres, haciendo más fáciles las relaciones entre los hombres; aparte el descreimiento en las religiones—que es síntoma de un nuevo cambio de alma de la humanidad; aparte la sangre de bandidos coronados y blasonados—felizmente vertida por las revoluciones,— es hoy cuando el mundo se ha convertido á la fe del centavo; á la religión del interés, al *judáismo*, en el sentido malintencionado de la palabra, en el sentido que torcidamente le atribuyen los pueblos del Viejo Mundo. En tal sentido, naciones de judíos son todas las de Europa y pueblo de judíos el de los yanquis. ¿Por qué, pues, perseguir á los que han enseñado á Europa que las ínfulas de caballería sin generosidad son grotescas; que el capital es trabajo acumulado y que debe, por tanto, producir?

El alma hebrea no es un alma sincera. La fisonomía moral de ese pueblo aparece con antifaz. Pero este fenómeno, que es una deformación, se debe á que el fanatismo de Europa ha hecho con el alma hebrea, lo que los chinos con el pie: la encerraron en un borceguí de hierro, impidiéndole su libre expansión, su desarrollo natural. De ahí que los judíos sean como son. Yo no disculpo sus defectos, sino trato de explicármelos.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

P. Escobedo



Sr. Ingeniero Don Blas Escontría, nuevo Ministro de Fomento.

SONETO ELEGIACO

(A la noble memoria del Rey Luis II de Baviera,
en el aniversario XVII de su muerte).

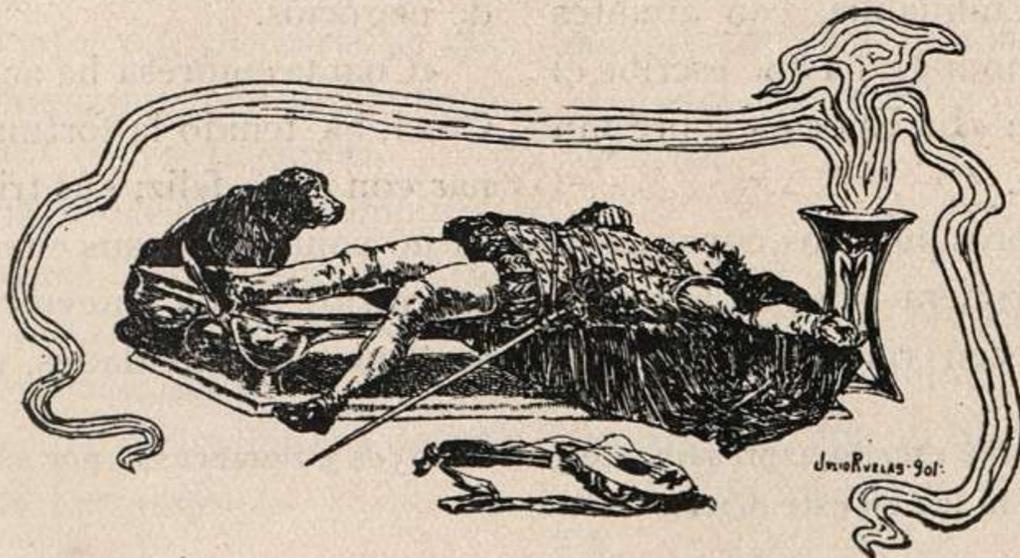
Quedó sombrío el lago, callada la ribera,
El cielo taciturno, la tarde sin fulgor,
Y gimieron los cisnes del Rey Luis de Baviera
La partida del último divino soñador.

Dobló el sauce en la onda su mustia cabellera
Mecida por un viento de duda y de dolor,
Y lloraron los cisnes su cántiga postrera
Por *aquel* otro cisne de inefable blancor. . .

Sus himnos olvidaron las pálidas ondinas
Que habitan de los lagos las grutas opalinas;
Lyras, timpanos, sistros, ahogaron su rumor.

Y vióse, cual fantasma de ensueño sobrehumano,
Pasar la dulce sombra del héroe Wagneriano,
Del poeta-Rey, del último divino soñador!

LEOPOLDO DÍAZ.



¡ASI SE GOBIERNA!*

Frases del Presidente de la República,
dedicadas al Gobernador de Nuevo León.

Una de las figuras más culminantes de la historia contemporánea, es la del actual Gobernador interino Constitucional de Chihuahua, D. Enrique C. Creel, cuyo nombre vuela de uno á otro confin de la República, hasta pasar sus fronteras entre el respeto y la consideración de propios y de extraños.

Sus altas prendas como ciudadano y como economista, le habían formado una reputación envidiable, hasta que, nombrado por el Congreso Local del Estado de Chihuahua, para el mando supremo de su Gobierno, este hombre extraordinario ha tenido brillante ocasión para dar nuevas pruebas de su gran ilustración y su gran amor por la causa del progreso y el adelanto del Estado que meció su cuna.

Al ilustrar las columnas de nuestro diario, con el retrato de uno de los más populares gobernantes de la República, vamos á dar una ligerísima idea del actual Gobernador de Chihuahua, con apuntes tomados de una monografía que escribe el Señor Director de «La Epoca,» sobre tan digno gobernante.

«Sólo dos hombres públicos, cuyos nombres figuran en primera línea en la política mexicana, ofrecen raros ejemplos de

constancia para elevarse por sus propios merecimientos á la consideración nacional; ambos son fronterizos y los dos han prestado ya eminentes servicios á la Patria. Esos dos genios son D. Ramón Corral, actual Vicepresidente de la República, y D. Enrique C. Creel, Gobernador de Chihuahua.»

.....
«El Sr. Creel, cuya personalidad era ya muy conocida en el mundo de los negocios, como hoy lo es en el vasto campo de la política, es originario de Chihuahua, y procede de padres modestos y honorables. Su educación no recibió un gran cultivo en las aulas, mas los grandes pensamientos que bullían en su privilegiado cerebro, desde su infancia, lo llevaron al estudio constante de la ciencia económica, donde en muy poco tiempo alcanzó tan rápidos progresos, que su solo nombre comenzó á despertar grande interés entre los hombres de negocios.

«Cuanta empresa ha acometido el Señor Creel, ha tenido la fortuna de verse coronar con éxito feliz; sus triunfos en la banca no sojuzgaron sus energías, sino por el contrario, buscó nuevos horizontes para sus grandes actividades, y á él se debe, no

* Este artículo fué escrito expresamente para «Rayos y Sombras;» por súplica del Director de «La Epoca,» vió la luz en este diario.

sólo el establecimiento de muy respetables instituciones de crédito en México, sino que la prensa misma le debe el valioso contingente de sus luces.

«Ha escrito en varias publicaciones de esta capital y de la Metrópoli, cubriendo siempre sus galanas producciones, con el incógnito de su proverbial modestia.

«La Instrucción Pública le debe no pocos servicios; su incansable iniciativa dió forma á la fundación de un colegio en la ciudad de México, para formar alumnos bien instruidos en las materias mercantiles y aptos para el desempeño de las labores bancarias.»

Dadas las cortas dimensiones de nuestra «Revista,» no seguimos ni á grandes rasgos el estudio del Sr. Moreno, y vamos á concretarnos á la fecunda labor del Gobernante de Chihuahua.

.....

Desde que asumió el mando supremo del Gobierno del Estado, su gestión ha sido fecunda en bienes; su mirada de águila se ha paseado por todos los ramos de la administración, y no hay uno solo que no sienta hoy la benéfica influencia de la mano maestra de un experto piloto.

El ramo de Justicia le debe la supresión de la jurisdicción mixta de los jueces de Letras en esta capital y en Hidalgo del Parral, que tantos trastornos causaba á la eficaz y pronta administración de Justicia; nombró una comisión revisora de los códigos vigentes y de la Ley Orgánica del Poder Judicial, y reformó los artículos del Código Civil, relativos á dispensa de matrimonios, que hoy compete á jueces letrados, como son los de 1.^a Instancia.

En el ramo de Relaciones, ha mantenido perfecta armonía, así con el Gobierno General, como con las de las demás entidades de la Federación, cuidando, especialmente, de la fijación de los límites de este Estado con el de Durango.

En Gobernación, expidió el reglamento para las oficinas de la Secretaría de Gobierno; expidió el reglamento para la administración de la vacuna; reorganizó la Escuela de Artes y Oficios; estableció una Sección de Estadística, expidiendo la Ley y Reglamento de su organización é instituyó el Consejo Superior de Salubridad.

Al ramo de Instrucción Pública, ha dedicado especial atención: Expidió una ley para restablecer el Instituto Literario del Estado y crear una Escuela Normal para Profesores, elevando á quinientas el número de escuelas de instrucción primaria que hoy tiene el Estado; restableció el Consejo Superior de Instrucción Pública y aumentó, en fin, el número de pensionados que siguen diversas carreras en la capital de la República.

En Fomento expidió varias disposiciones, estableciendo una Exposición Minera y otra regional de Agricultura, expidiendo también varias circulares, encaminadas á la conservación y repoblación de los bosques, juntamente con otras disposiciones de no menos importancia.

En el ramo de Hacienda, su gestión ha sido especialmente plausible; ha mejorado notablemente la percepción de rentas públicas por medio de un Reglamento para las Recaudaciones y Sub-Recaudaciones; expidió la Ley de Hacienda Municipal y la de Medida y enajenación de Terrenos Municipales.

Quizá en otra ocasión tendremos oportunidad de ocuparnos de sus servicios á las finanzas de la República, en diversas comisiones que le ha conferido el Gobierno General.

—

Hoy toma la personalidad del ilustre Gobernante de Chihuahua carácter de hombre del día, con su brillante iniciativa particular, formando la Gran Junta Patrióti-

ca «Benito Juárez,» instalada el 12 de Febrero último, con el loable objeto de levantar un monumento al Benemérito de las Américas, en la ciudad que lleva su nombre, obra que será llevada á cabo por suscripción nacional, y que costará la respe-

table suma de doscientos cincuenta mil pesos oro.

En el Sr. Creel, háse confirmado la célebre frase del Sr. Gral. Díaz, que resume su gobierno:

¡Poca política, y mucha administración!

[Redacción de "La Epoca."]

LOS ESTADOS.—ZACATECAS.



Plazuela Villarreal.—Véase el artículo relativo.

UN CASTILLO

Sus flancos el castillo sustenta mal seguro
Y en el bosque agresivo muere, piedra tras piedra;
Hermana de las cosas que agonizan, la hiedra
Piadosamente vaga por las grietas del muro.

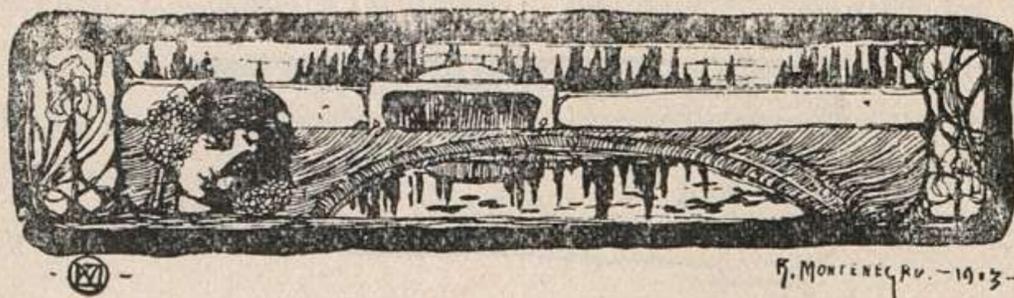
Sus almenas columbran en la distancia el puro
Cristal del lago; el valle donde el rebaño medra;
Algazara de niños, que los ecos arredra,
Turba el misterio grave de su recinto obscuro.

Llegan los claros meses y las tardes de oro.
Purpurados de rosas los cabellos, un coro
De zagalas asciende por el agrio sendero.

En sus manos traviesas se deshojan las flores.....
Ellas vienen, delante del castillo severo
Cuyas torres fenecen, á cantar sus amores.....

JOSÉ M. CANTILO.

Versión de Víctor M. Londoño.



- (M) -

F. MONTENEGRO. - 1913 -

HUESPEDES DE FRANCIA

Presintiendo el hechizo de tu gracia discreta,
A ti llegan los hombres de hemisferio lejano;
Como abejas divagan en tu margen lozano,
Mas la miel de tus flores restituye el poeta.

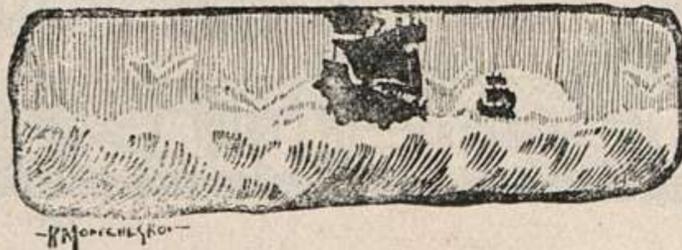
Eres, Francia, el arrimo familiar de la inquieta
Muchedumbre á quien llama tu clarín soberano;
Una rosa y un mirto nos ofrece tu mano,
Con sonrisa voluble y ademán de griseta.

Olvidamos los climas de jaguares y palmas;
Alabamos tus ninfas, tus jardines, tus dioses,
Y á tus nuevas auroras reflorece las almas.

Los recuerdos arriban á tus playas que adoro,
(Tras la tarde llorosa de importunos adioses),
Cual se alargan y brillan las estelas de oro.....

JOSÉ M. CANTILO.

Versión de Víctor M. Londoño.



EL ALMA DEL GATO

Tal vez habría que decir «la gata» y no «el gato» cuando se quiere personificar la especie, como los alemanes dicen: *die Katze*, dando al nombre el género femenino. El gato se turba cuando lo miran. Tiene temperamento de mujer. De una mujer se dice que es gata; ¿por qué no decir, entonces, de una gata que es mujer? Véase su andar furtivo, leve, discreto, y las horas que pasa en el arreglo de su persona. Bueno; el detalle no importa. Seguiremos la costumbre y hablaremos del gato, pensando á menudo en la gata, sin embargo.

No haya temor de que mi pensamiento sea hacer una apología. ¿Por qué habria de decir yo que todos los gatos son buenos? Esto equivaldría á reducir á los gatos á la condición de máquinas que habrían sido creadas en una forma dada para toda la eternidad. Hay gatos viciosos, perversos, de la misma manera que hay hombres viciosos y perversos. En su especie, los gatos tienen libertad de acción, como la tenemos nosotros en la nuestra. No sé por qué hemos de empequeñecer nuestro entendimiento forjándonos la idea de una creación estrecha, limitada, de instintos inmutables, siempre que no se trata del hombre. No; los gatos no son perfectos. Pero es justo reconozcamos que nosotros contribuimos de una manera considerable á hacer á los gatos lo que son: medrosos,

prudentes, armados y prontos para la defensa ó la fuga.

El gato es, en mucha parte, lo que de él hacen sus dueños. Los que se educan al lado de una persona distinguida son superiores á los que no han recibido educación alguna. Yo no he conocido nunca gato alguno, por salvaje que fuera en el primer momento, al que no haya convertido al fin en un compañero asiduo. Los pueblos que tienen los inviernos largos, son los amantes de los gatos, verdaderos huéspedes del hogar. Los pueblos del mediodía, cuya vida está fuera de la casa, se interesan poco por él. De él no se habla nunca en la Grecia antigua. La Italia, señora del mundo entonces, y, sin embargo, tierra de vicisitudes, de invasiones, de pillaje, no ofrece á los gatos la paz que éstos desean. El Egipto, por el contrario, coloca al gato en la categoría de los animales sagrados. Lo embalsama; y le asigna un lugar, junto con la familia, en la cámara mortuoria.

Es que el gato es valiente, y salva á ese país, durante las inundaciones, de las ratas que lo infestan. ¿Quién podrá nunca develar el misterio de esa ola de ternura para con los humildes que desborda del corazón del pueblo egipcio en esa época? ¿Por qué esos ataúdes siempre prontos y hechos eternos á fuerza de amor? ¿Por

qué esa necesidad que siente ese pueblo, de llevarse consigo todo lo que ha amado, de implorar la compasión del juez severo no sólo para él sino también para los que han compartido sus sueños, sus sufrimientos? El perro sigue al egipcio en la muerte, y él hace del perro Anubis el mensajero de las almas, el que abre á éstas los horizontes serenos del porvenir después de las sombras crueles de la travesía. En el hogar, al lado de la llama que se estremece, muy cerca de la madre y del niño, en el mejor sitio quizá, dormita el gato con una noble actitud de esfinge. Era menester el alma tierna de esa nación femenina para reconciliar lo irreconciliable, para unir en amistad al perro y al gato. Este último fué en Egipto el huésped por excelencia del hogar, el auxiliar del hombre. Se le había colocado así en la situación de individuo libre, útil, que la naturaleza le ha asignado.

Este instinto de libertad se manifiesta en el amor que tiene el gato á los graneros y á las goteras, reinos de independencia. Las almas libres aman los grandes espacios, ó aquellos que, por su soledad, su silencio, dan la impresión de que son grandes. El gato prefiere su libertad á todas las cosas: no quiere más que una alianza libre, nada que raye en la esclavitud.

Los sabios dicen que el gato es de escasa inteligencia, que tiene un cerebro poco desarrollado. Sin embargo, la Edad Media hace de él una alma y una alma superior, que retiene y que ve lo que el alma humana no percibe absolutamente. El gato, sobre todo el gato negro, de color ala de cuervo, es brujo. ¿Quién ha llegado á juzgar al gato mejor que entonces?

Es cierto que, de su sociedad con el hombre, de sus hábitos discretos, el gato

aprende muchas cosas. El gato acompaña á la vieja, que se queda sola en la casa, cuando los demás se van al campo. El la oye cuando habla consigo misma. Parece ser su confidente, el cómplice de sus pensamientos, de sus palabras de doble sentido. Y no dice nada; pero, no es acaso un espíritu maligno? El Oriente dice, por la boca del león: «El gato es el que indica las vías ocultas y muchos ardides. Que Dios no bendiga nunca, pues, á los gatos.»

Yo, por mí, estoy segura de que los gatos tienen muchos pensamientos. Esto se ve en la rapidez de ciertos movimientos, en sus arranques súbitos. Y esos movimientos y arranques no son los efectos de un sueño vago. Es la idea que, de pronto, hiere á la mente y le hace decir:

—¡Ah, es cierto! Tengo que ir allá.

O si no:

—Ahora tengo que hacer esto.

Nada más imperioso que el gato que ha resuelto salir. El gato encaramado en el techo que tantas miserias esconde á menudo, libre, al sol, es el ser feliz. Sentado sobre la trasera, con la oreja erguida, parece la personificación del pensamiento, sublime, instantáneo, que constituye la inspiración.

Pero el carácter del gato es discreto, silencioso, salvo en medio del exceso de la pasión. Se conoce, se cuida. Parece reservar siempre todos sus pensamientos. Hasta en sus mejores momentos de expansión guarda cierto misterio.

No se puede juzgar al gato por los comienzos de su vida. Se diría que, en sus primeros tiempos, el gato puede ser todo lo que se quiera, puede representar en todos los géneros, á su fantasía. Despierto, revoltoso, malicioso, deliciosamente ágil y flexible, nada lo intimida, y, como ha dicho Moncrif, cree que el universo ha sido hecho para diversión suya. Pero, sin que él se dé cuenta de ello, lentamente la na-

turalidad lo transforma y lo especializa. La leche se acaba; los dientes salen; el estómago siente que se despiertan en él deseos nuevos. La ternura maternal provee á ellos: el periodo de gracia dura todavía. Pero he aquí que llega el de trabajo. Las estaciones se han sucedido á las estaciones; el sueño confuso de volver á crear, asalta otra vez á los padres. Para desatarse al fin, los lazos se aflojan; las debilidades para con la criatura, un poco menos perezosa ya, son menos frecuentes. Hasta se le castiga, á veces, por estar pidiendo siempre. Lo que hay en él de vida, de movimiento, va á desviarse del juego, su única ocupación hasta entonces.

El mundo de la fantasía va á desvanecerse en breve; una idea más fija reduce ya sus límites, y mañana acabará por dominarlo todo. El niño juguetón se habrá convertido entonces en cazador terrible. No es en sus relaciones con el hombre donde revela el gato los impulsos instintivos de su raza. Es cuando algún objeto nuevo lo inquieta ó lo interesa. Entonces reaparece en él el tigre que se baja, se arrastra, se encoge y salta.

Por otra parte, hay en el gato contrastes que provienen de un desacuerdo entre sus instintos primitivos y la vida sedentaria que nosotros le facilitamos. Se entrega á excesos de alimentación, á excesos de amor; pero tiene una nobleza innata, la pasión del aseo, un pudor relativo. Se muestra, por momentos, de una barbarie intratable; en otros, busca la sensualidad, las alfombras mullidas, el deleite de rodar y de correr como sobre un blando césped. Es una dueña de casa en miniatura, para quien ningún objeto pasa inadvertido, que

toma nota de todos ellos y los clasifica en su mente, ó los aparta ó evita, con ademán significativo, si le desagradan.

—

A los que dicen que un gato no es sino un mueble de más en un salón, yo les preguntaría si no hay algo de eso también en nuestra especie, en cierta época de la vida. A un gato joven y en buena salud le gustan las aventuras, las escapadas nocturnas. Es muy difícil, por no decir imposible, retenerlo si se le ha metido en la cabeza ir á visitar á alguna amable vecina ó á intentar algún golpe.

Más tarde se diría que teme el sereno, la frescura de las noches; en una palabra, se hace á un lado. Si pudiera hablar, echaría tal vez un discurso sobre las ventajas de una vida tranquila, y predicaría contra los extravíos de la juventud. Tal vez también, si los gatos tuvieran clubs, como los hombres, ó una Cámara, ese sería el momento en que pensarían en tomar participación en la vida política, en hacerse elegir diputados ó consejeros generales. Entonces tienen ya el porte grave y la fisonomía reservada. Pero como en la especie felina, y en otras también, cada cual se gobierna por sí mismo, cuando el tiempo de las cortes de amor ha pasado ya, ó vuelve más de tarde en tarde cada vez, el gato prefiere la blandura elástica de los cojines, y profesa, en invierno, la religión de los morillos de la estufa, más bien que la de las asambleas, donde, según se dice, más es lo que se habla que lo que se trabaja.

MME. JULES MICHELET.

ANTE UN LIBRO DE AMADO NERVO

La aparición de un libro, es un acontecimiento en nuestro medio y en nuestro carácter. En nuestro medio, porque los Mecenas van pasando á la leyenda de lo fabuloso, y muy pocos autores imprimen sus obras «porque sí;» y en nuestro carácter, porque estamos formados por montañas de apatía.

Además, en tesis general, un folleto ó un tomo, al vestir el uniforme de la pasta ó del forro, más que traje de gala, puede decirse que lleva los harapos de un derrotado: leemos poco y sentimos menos. Para galvanizarnos, es preciso ser todo un talento, como Nervo; todo un poeta, como Nervo; todo un corazón, como Nervo. El tomo de poesías que ha publicado últimamente (tríptico formado por Jardines Interiores, Rondós Vagos y Damiana), y que por dicha ha llegado á estos mis apartamentos, como rayo estelar á un abismo, es de aquellos que van misteriosamente formadas de oro y corcho para deslumbrar

en su eterna flotación; es de los insumergibles en el olvido; es de los voltaicos que remueven dormidos marasmos; es de los que llevan en sus elementos de factura, hilos de luz nueva y efluvios de perfume exótico.

Que algunos criticos lo anatematizarán? Quizás . . . pero yo sé que hay libros que están hechos como el escudo de Ajax, para cruzar por el combate erizados de dardos, pero invencibles; así es el de Nervo. Yo sé que los únicos libros grandes, son los que nos hacen pensar, al percutir el sentimiento: así es el de Nervo. Yo sé que los libros eternos son los que engarzan la Belleza: así es el de Nervo.

¿Felicitar al poeta por sus producciones? Que lo haga quien pese ó quien valga ante la opinión ó el cariño del gran bardo. Mi obscuridad y mi entusiasmo sólo podrán decirle: gracias, Misericordioso.

FRANCISCO GONZÁLEZ LEÓN.



UN CUADRO

(Fragmento del libro *Impresiones Rápidas*).

Tras aquel Mare Mágnum de espectáculos, tras aquel derroche de luz, de colores y de efectos; á pesar del aturdimiento que ocasiona una multitud febricitante, á pesar de la fatiga del cuerpo y del espíritu; una nota sensible, dominadora, aún más intensa que todas las escenas de diversión y de placer reunidas, tuvo fuerza bastante para conmovernos de manera profunda y duradera.

Fué un cuadro, un cuadro prodigioso, el Mago que borró en un instante de nuestra imaginación todo aquel barullo, todo aquel torbellino deslumbrador digno de un sueño oriental.

Sí, en medio de esa embriaguez de frivolidades con que los hombres, siempre niños, se entregaban al deleite, usando de juguetes más ingeniosos que los de la infancia, ávidos sólo de notas alegres, ávidos de reír y de olvidar la vida, apareció un rayo de luz portentosa, de esa luz terrible que á veces ilumina la conciencia, haciendo encoger el corazón dentro del pecho como al soplo de una ráfaga invernal; porque á su fulgor se mira un momento la realidad del drama, el espanto del ser; y golpea en la mente aquella pregunta que siempre queremos ahogar en lo más hondo. ¿Qué somos nosotros? ¿A dónde vamos, pobres reos encaminados al suplicio, sin haber oído la sentencia?

Aquel cuadro, para los pensadores, gritaba más alto que la muchedumbre.

Trataremos de dar una idea de lo que representaba, no como críticos del arte pictórico, que nuestras fuerzas no van allá; no como cronistas que recogen ajenas impresiones. Ni un dato pudimos obtener sobre ese cuadro, ni aun siquiera el nombre del pintor figura en nuestros apuntes.

Discúlpanos, el que en aquella ocasión no íbamos dispuestos á las emociones profundas ni á anotar obras de arte. Íbamos sólo á divertirnos vanamente y á observar mecanismos destinados al placer. El cuadro en aquel sitio nos llenó de sorpresa, nos impresionó con su contraste; luego el torbellino humano nos arrastró fuera de esos sitios y no hubo lugar para un estudio serio.

He aquí el tema del cuadro:

Sobre una roca abrupta, de ásperos flancos ennegrecidos, que se eleva sobre un fondo oscuro é insondable como de abismo, un grupo de seres que parecen escapados del manicomio, luchan con desesperación indecible por obtener cada cual el punto más elevado del peñasco á cuyas asperezas se agarran, disputándose el sitio pulgada por pulgada, con una tenacidad horrible; con una ansia que revela la necesidad suprema de escalar esa altura.

Este grupo representa á la humanidad

actual. En lo alto, por encima de la roca, una visión figurada por un ángel de vestidura de fuego, cruza el éter, dejando flotar la fimbria de su igneo ropaje, hasta tocar casi con su extremo el del peñasco con que forcejea el grupo humano cual un tropel de náufragos dementes. ¿Qué buscan esos seres? ¿Qué anhelan esos infortunados, que así se oprimen y se esfuerzan en conquistar un sitio más cercano á la altura?

Sus ojos, fuera de las órbitas, sus facciones contraídas por el dolor, sus manos que se crispan de angustia, recuerdan esas pobres bestias que por inútiles son arrojadas al agua para ahogarlas; y ya en las convulsiones de la agonía, cuando tratan de escalar la orilla demasiado alta, una mano inmisericorde las condena á morir, las condena inexorable.

¡Oh, artista, y qué bien supiste traducir á la forma visible el espantoso combate de las almas, de aquellas que no quieren morir; de aquellas que no se contentan con ser tan sólo un poco de materia animada, que luego se torna inmunda y desaparece comida de gusanos! La lucha de aquellas almas de afectos grandes, infinitos; que golpean en las tumbas llamando al ausente, y buscan en las pupilas del ser amado la llama inmortal, el ser pensador, el que no debe morir; y tiemblan al recordar que en cualquier instante ese pensamiento que se adora y que corresponde al afecto como una prolongación del propio espíritu, puede huir al mandato de un poder oculto, para no volver, para ocultarse siempre en lo insondable, dejando al que sobrevive, solo sobre el haz de la tierra, desesperado, loco ante la esfinge del supremo misterio.

Qué bien trazada esa ascensión dolorosa para acercarse al ideal, al arcángel vestido de fuego, bajo cuyo manto se halla la salvación; la única que pueden esperar

los que gimen prisioneros en el barro humano. Allí, en el cuadro que contemplamos subyugados, cada figura evoca una nota de dolor hasta formar admirable, terrible concierto. Cuánto realismo, cuánta verdad en el colorido, en la expresión, en las actitudes. Ancianos de cabeza calva, abofeteados por el tiempo recogen en sus miembros debilitados la postrera energía para rechazar y sobreponerse á los que, más jóvenes y fuertes, tienen más probabilidades de triunfo. Qué muecas de dolor tan horrendas contraen esos rostros que arrugaron los años; qué miradas de impotencia desesperadas! Un suicida que acaba de traspasarse el pecho con el revólver que aún humea en su mano, se sienta en un reborde del peñasco, y con la mirada fosca, incierta, nublada por las sombras de la muerte, parece medir el fondo del precipicio que se abre á sus plantas. Figura maravillosa que el pincel arrancó á la realidad. Su faz desencajada revela el horror de la lucha postrera; en su boca, donde asoma espuma sangrienta, se advierte el hipo angustioso de la agonía. Su camisa, atravesada por el proyectil, tiene manchas de sangre fresca, sangre viva que sólo puede brotar de la paleta de un genio.

¡Qué aspiración tan grande á lo excelso revela este cuadro! Las almas de los que allí se esfuerzan por escalar la cima desprecian la carne, la carne que se pudre y se desvanece como un ensueño.

Un obrero, de formas atléticas, con el martillo modelador del bronce, ha logrado señalado sitio en el pedrusco gigantesco adonde se refugian los infelices acosados por el diluvio del dolor. El pedazo de hierro treme en su mano como una maza de combate; uno de sus pies, calzados con gruesos zapatos, se apoya brutal, resuelto, como la pezuña de buey que troncha una espiga, sobre el cuello de una linda cortesana; hermosa mujer de mundo, cuyo tra-

je de seda hecho cendales, revela la lucha sostenida por alcanzar el punto que tiene; figura esbelta, graciosa, á pesar de lo violento de la actitud. Sus lindos pies, sobre arqueadas zapatillas, sostienen un peso diez veces mayor al que les es dado soportar, pero firmes como el acero se apoyan con energía viril en las asperezas del peñasco para no caer. El obrero del martillo no ve los femeniles encantos, la rubia cabeza, el rostro seductor, la nivea y sonrosada carne de los brazos desnudos; para él no valen nada, no importan nada; que todo aquello sirva de escalón; que el bello cuerpo magullado aumente una pulgada la altura, es lo indispensable; la hermosura, el amor, el placer, eso únicamente es miseria, podredumbre, farsa y nada más.

Lo que importa es tocar el borde de la inflamada vestidura, agarrarse á ella para salir del abismo espantoso en que florece como flor de amargura el humano vivir.

Allá en la cima, dominando á los que bregan más abajo, alguien se ve más cerca de la sublime y redentora visión. Es un Artista, un pensador que ha llegado el primero ó ha sido el más fuerte!

¿Una pluma, un pincel es lo que luce en su mano? No podemos ver bien.

En todas las figuras del portentoso cuadro Dantesco, palpita, se siente, se palpa, la aspiración que del fondo íntimo de todos nosotros se eleva como una burbuja de entre el légamo de nuestras miserias para estallar en la superficie en un brote de luz ansiosa de fundirse en lo infinito. El anhelo de lo ideal, lo único cierto; la fuerza oculta que mueve á la humanidad hacia su verdadero fin. ¿Qué valen los que no lo comprenden? ¿Qué valen esos trozos de materia que sólo entienden la vida por las funciones naturales?

Mercaderes que amontonáis el oro en vuestras arcas satisfechos de vuestra opulencia vulgar, y que no dirigís nunca una mirada al fondo de vosotros mismos ni tratáis de explicaros la verdad de lo que os rodea; bellezas estúpidas que domináis á los hombres merced á sus instintos, sin preocuparos de otra cosa que de la apariencia de vuestras formas y la tersura de vuestros semblantes.

Unos y otros pasaréis sin dejar una huella. La carne domina en vosotros el alma y pasaréis como la materia destruidos del todo por la muerte.

En cambio no se perderá un solo esfuerzo de los que luchan; cada estrofa, cada martillazo, cada pensamiento arroja un grano de arena sobre esa montaña que se eleva hacia lo desconocido. El hormiguero inmenso de la humanidad no descansa, y la montaña crece, crece, y al fin su cima se bañará en un éter glorioso donde triunfará la Redención.

Turbias, febriles ideas levanta en la imaginación el cuadro que miramos; la hojarasca de ideas atediadas y muertas que yacen en el fondo de la mente revuela ahora como levantada por un soplo de huracán.

Y clamamos por una ráfaga de ingenio, por un rayo de luz de la vestidura del ángel que aprisionó el artista en los colores de su paleta, para expresar algo de aquellas ideas sin palabras, y palabras sin sentido, que, como decía Becquer, forman la inspiración, para haber podido trazar una imagen, aunque desvanecida y lejana de aquel famoso cuadro, antorcha florecida de relámpagos que la mano de un genio arrojó en negro precipicio para escudriñar sus profundidades.

A. GÓMEZ JAIME.

EN LA COSTA AZUL

Niza, Enero 25 de 1905.

Desde que asoman los fríos, se puede decir que París está en la costa azul. La gente elegante, los hombres políticos, los artistas, los actores y hasta los caballos de carrera vienen á instalarse, con pretextos más ó menos inverosímiles, á lo largo de la hermosa cinta de montañas, cuyos picos cubiertos de nieve, parecen salpicados por la espuma del mar.

Cada cual sigue evolucionando como si no hubiera salido de la gran ciudad, porque todo ha viajado con él: los amigos, las diversiones y hasta la atmósfera. Tan es así, que, deseando hacer para «La Nación» una *enquête* sobre «la literatura y la política,» he encontrado reunidas aquí á casi todas las personas que deseaba consultar: Camile Mauclair, el crítico eminente; Margarite Durand, la directora de *La Fronde*; Georges Maurevert, que me ha contestado en una amable crónica del *Petit Niçois*, todos, todos, menos Rostand, naturalmente, que está enterrado en Cambo, á quince leguas de Bayona. . . . Vivimos como en París. El director del *New York Herald* daba ayer un baile. Gerault-Richard ha ofrecido hoy un almuerzo. Hasta Luisa Michel, la santa laica del anarquismo, ha tenido la coquetería intelectual

de venir á moriraquí, en plena jira de conferencias, sembrando en este entrevero de vanidades hoscas las necesarias semillas de noble ideal.

Pero el trabajador modesto, que ignora los casinos, se fabrica junto al Mediterráneo, como en todas partes, su isla cercada de silencios.

La naturaleza, desbordante de luz y de vida, le abre los salones más portentosos; los árboles, los arroyos, los picachos que florecen al sol, le brindan la sociedad más envidiable; y nada falta á su felicidad, ni las perspectivas prodigiosas, llenas de despeñaderos y de caminos inverosímiles por donde avanzan las mulas prudentes á paso menudo, ni los lugareños afables que ofrecen al excursionista un sitio á la lumbré y la mitad de su pan, ni los cielos de cuentos de hada, donde surgen colinas de rosa en campos sin límites, habitados por elefantes blancos.

El soldora la carretera, la tentación misteriosa del paisaje escondido tras el recodo, da nuevo ardor á los músculos, el bastón de punta de hierro se hunde acompasadamente en la tierra seca, los botines rudos hacen estallar los guijarros y pocas cosas son más hermosas que esa marcha al són de músicas interiores, descubriendo deta-

lles, acumulando matices, viviendo por todos los poros y buscando en las entrañas de la soledad, aislamientos cada vez más grandes y más completos. Aratos apunta en una meseta la mancha viva del traje de un campesino que trabaja en su olivar, surge en una encrucijada un carretón cargado de legumbres, ó se anuncia con su trompeta afónica y febril la tromba alegre y polvorienta de un automóvil. Pero en general, las pequeñas viviendas incrustadas en las rocas, los árboles estáticos, los caminos desiertos, todo concuerda con la placidez contemplativa de los hombres. Y en la celeste apoteosis florecida de la naturaleza triunfante, pasea el soñador el arco iris de sus estados de alma, hasta que, vencido blandamente por el cansancio, reintegra con el crepúsculo la ciudad borrosa, donde las luces palpitan como luciérnagas.

Tanto ó más que las excursiones en tierra firme, atrae la puerta inquietante del mar. Ante las grandes superposiciones de montañas celestes que de lejos parecen sembradas de violetas, se abre la esplendor del vasto desierto líquido, donde se recortan los triángulos de nieve de las velas hinchadas. Crespas, como cabelleras de mujer, las olas repiten hasta el límite su curva flotante y temblorosa, de donde arranca el sol chispas de estrellas. Cobra el azul todos los matices de su triunfo, desde el marino en sombra, hasta el verde-agua, y hay en la inmensidad imanes tan poderosos, que, borrachos de ilusión, saltamos en la barca y ¡á bogar!

Si al izar la vela pesada, batida por el viento, resbala el pie en las tablas húmedas, si al doblar con fuerza el timón salpica el agua, ó si al lanzar las redes finas, tachonadas de corcho, surge un rasguño en la mano ó desaparece el sombrero, percances son que pide la aventura. Ganados por la alegría del mar, reímos á boca lle-

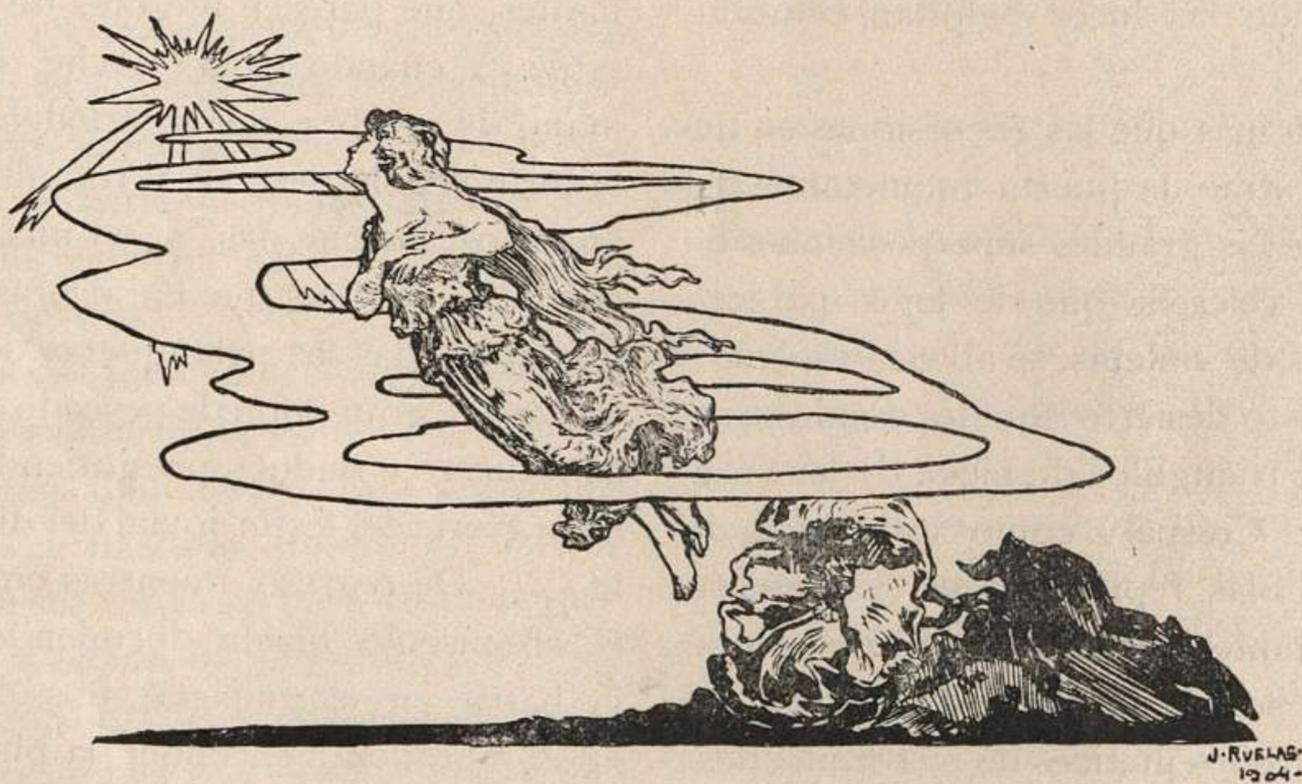
na: del golpe, del traje mojado, del pequeño hilo rojo que borda adornos en el agua y del hongo flexible que flota y se aleja dando tumbos hasta el límite. . . . la ciudad sólo se acusa en el horizonte, por la lista encarnada de los techos, sobre los cuales parece que hubiera llovido sangre. Estamos como suspendidos en la eternidad, lejos de todo lo que muere. . . . Si el mar es un reflejo del cielo, ó el cielo es un reflejo del mar, que otros lo sepan. . . . la naturaleza se traduce, no se explica. Y, además, no tenemos tiempo para reflexiones. Esclavos de la fuerza que nos mece, de espaldas en la barca, viajamos con los ojos en las nubes movibles é inconstantes, como el corazón y como la vida. . . . De rato en rato levantamos los aparejos, de donde brota la mano llena de peces brillantes, que parecen lingotes de plata movable. Y cuando cae la noche, como una mano de sombra, que se apodera del mar, volvemos á la tierra y al tumulto con los anzuelos, las cuerdas, y en una gran canasta de mimbres que da al brazo más vigor que todas las palanquetas de los gimnastas, el gran botín de pescado fresco que se retuerce y ondula, presintiendo que será la gloria del festín jovial del día siguiente. . . . De regreso, mientras envuelta en el crepúsculo queda durmiendo de lado la barca en el guijarral, nos detenemos en el murallón á encender la pipa y á admirar el espectáculo de la ciudad y del horizonte todo azul, como si lloviera cielo. . .

¡La costa azul! También tiene la juventud, como la Francia, su costa azul. En la apoteosis del vigor, cuando á la luz de las auroras descubre el hombre á cada instante nuevas avenidas de ideal, la existencia es también un jardín al borde del Mediterráneo. Poco importa "que la salud y la fuerza de la edad, de las rosas," nos inclinen á desdeñar los artificios de los saraos y los kursales, para difundirnos y disolver-

nos en la naturaleza vasta, que es como una ampliación grandiosa de lo que llevamos dentro. Cerrada la noche, siempre nos internaremos en la ciudad resplandeciente, cuyas avenidas oleosas, bordeadas de vitrinas incendiadas, parecen serpientes de oro que se estiran en la sombra; siempre entraremos en los almacenes lujosos atestados de objetos multicolores; y siempre nos codearemos con las gentes en los cafés y en las salas de espectáculo; porque

la vida hay que vivirla toda entera, porque el intercambio social es una condición de salud, y porque nada resulta más peligroso, que esos monólogos prolongados que son á menudo el camino de la neurastenia. El hombre debe abarcarlo y comprenderlo todo. Y para que tenga la indispensable intensidad completa y penetrante, la costa azul de la juventud ha de ser la síntesis de la vida.

MANUEL UGARTE.



J. RUELAS
1904-

FOLIANA Y MELIVANA

El Príncipe Ardeliano de Aquirante era el más desventurado de los hijos del Rey.

Decían que cuando nació, el jefe de los magos del Estado le había hecho chupar de cierta hierba amarga que no tiene flores. Así se forman los hechiceros, los músicos y los profetas en la monarquía de Aquirante, y algunos presumen que, obrando de esta suerte, el mago pretendía formar, con astucia increíble, un discípulo que le prohibía la ley, porque no es permitido tocar esta hierba al niño que debe reinar: ella da una inclinación desmedida por la verdad, y nada hay tan contrario como esto á la Majestad real.

Cuando el Rey supo la traición del mago, se encolerizó de tal modo, que la capital tembló. Los muros del recinto se sacudieron. Una de las noventa torres quedó para siempre vacilante; y de tal manera continuaba la cólera real, que se temía por las ochenta y nueve restantes.

No se contentó con hacer decapitar al criminal: persiguió á todos los letrados de las tierras de Aquirante, en donde á la verdad no hay muchos. Se les buscó hasta en las más pequeñas aldeas de las montañas, se les atormentó para que hicieran conocer el antídoto de la planta funesta, pero nada sensato pudo obtenerse, sino que era preciso dar al pequeño príncipe la nodriza más estúpida del reino.

Hubo gran rumor en Aquirante. Verdad es que al principio nadie se ofreció; pero algunos súbditos fieles empezaron á señalar diariamente entre sus prójimos, mujeres que podrían merecer el honor del empleo prometido. Se contaron más de diez mil en uno de aquellos días.

Cada una recibía del Ministro orden para presentarse en el palacio. En pocos días se llenó la ciudad. De lejanas tierras llegaban, sin cesar, nuevas caravanas; en las más grandes ciudades no quedaron más de dos ó tres personas en estado de criar un niño, y éstas, poco después, se presentaron también, avergonzadas de no haber hecho como las otras y temerosas de ser señaladas con el dedo.

Grande fué la dificultad para escoger entre la multitud. Cuando estuvieron reunidas, hubo entre todas las mujeres una emulación singular en hacerse valer. En verdad, la mayor parte no pensaban siquiera en vencer á sus rivales; permanecían tal como eran, incapaces de hacer por su fortuna; y esto no sorprenderá á ninguno de los que conozcan el pueblo de Aquirante, que tiene muchos puntos de semejanza con otros pueblos.

Casi al azar fué preciso elegir entre tan cuantioso rebaño; y fué una mujer bien musculada, magnífica lechera y muy razonablemente estúpida. En seguida princi-

pió sus funciones que debía ejercer durante varios años.

Creció, pues, el príncipe entre dos influencias enemigas. Los archivos de la monarquía cuentan detalladamente de una infancia ambigua y de una adolescencia de alternativas contradictorias que diariamente hacían las delicias ó el terror del Rey. Unas veces la nodriza vencía la hierba y otras era vencida por ella. Ninguno era capaz de conceptuar si triunfaría la formidable bestialidad ó el cruel veneno del idealismo. El príncipe fué estudioso é inerte, afectuoso é indiferente, tan inclinado á la vigilia como á la soñolencia. Aún más, no se hubiera podido decir qué prefería, si comer tripas de conejo en sangre de puerco—manjar nacional de la monarquía—ó las almendras perfumadas del durazno, que son el alimento de los magos.

Cuando tenía quince años, lo encontraron á los pies de una mujer bonita y compasiva, de la que únicamente quiso tener una guedeja de cabellos. La hierba parecía victoriosa. Pero por otra parte ganaba la nodriza, pues el príncipe era tan grande como dos hombres, tan grueso como tres y pesaba como seis. En la lucha él triunfaba de todos. Las buenas gentes de Aquirante se decían con orgullo que hacía besar el polvo á los campeones más reputados del país, y era tan cierto como que el campeón había sido pagado con ese objeto.

Pero el príncipe burló á la vez los temores y las esperanzas. Una última crisis se hizo misteriosamente en él y de repente las dos influencias parecieron penetrarse. Poco á poco se hizo evidente que no olvidaba ni la hierba envenenada, ni la leche regeneradora. No era inclinado á los libros, como lo son los magos, ni á la brutalidad magnífica, á ejemplo de su augusto padre.

Un día—tenía diez y ocho años—el prin-

cipe dejó repentinamente el palacio y se fué como caballero errante el reino vecino, llamado Pallor. Estaba firmemente resuelto, no á vivir según lo que pensase, sino á pensar según lo que viviese. Siendo rico de juventud y de sentidos apasionados, discernió muy pronto que toda la imaginación de los hombres está incluida en el beso de las mujeres. Puesto que las mujeres son toda nuestra vida, decía él, preciso es que sean todo nuestro pensamiento. Pero una serie de crueles experiencias lo desvió de esta conclusión temeraria. Se enamoró primero de una muchacha de Pallor, amable, algo corpulenta: la regalaba sonrisas, caricias y finas lisonjas; ella correspondía lo mejor posible. Verdaderamente debe pensar puesto que es mi ideal, se decía; pero cierto día que le dió una contestación demasiado estúpida, se decidió á buscar otra. Descubrió entonces la esposa de un rico de la ciudad, luego sedujo una cortesana muy bella; pronto advirtió que la esposa del rico había encontrado su ideal en un negro de soberbia estatura y que la cortesana era insoportable en sus horas de recato.

Fué preciso volver á buscar y así aprendió la resignación. De mujer en mujer, de grandes á pequeñas, pasó el tiempo hasta que conquistó las gracias de la princesa de Pallor, y huyó con ella á la región de las montañas.

En el mundo no ha habido nunca nada tan delicioso como la Princesa Foliana de Pallor; á través de su frente se ven sus penas y sus alegrías como se ven las flores del mar bajo la onda que las cubre; sus ojos azules parecen piedras de amor; lo más admirable es su cabellera, ligera como un soplo, prodigiosa y oscura como las tinieblas: canta mejor que la alondra, y ríe, siempre ríe.

— Me vuelvo loca cuando te veo, le decía siempre al príncipe.

Y él contestaba:

—¿Sabes que es prodigioso ser tan bella?

Entonces Foliana reía más fuerte y pedía que le contase algunas historias. El sabía ó inventaba muchísimas, trataba que fuesen muy divertidas. Hablaba de sus ojos, de sus labios, de sus caprichos, de los signos de su cuerpo y de las aventuras maravillosas de sus miradas. Ella escuchaba encantada y reía de tal manera, que el príncipe la juzgaba llena de inteligencia y concibió muy buena opinión de sí mismo.

Una mañana que estaba acostado sobre el florido césped, nació en su alma un recuerdo de la hierba amarga; como estaba á los pies de Foliana, le contó una historia muy bella de sol, de mar y de las islas de Oriente. La princesa se desternillaba de risa. Entonces le contó otra espantosa, en la cual todo el mundo moría en el tormento. La princesa reía siempre. Un poco admirado, le contó una tercera y habló de lo que se puede oír en los sueños y del viento viajero que da la vuelta á la tierra para traer de noche consejos de mundos ignorados. Foliana rió tanto, que á poco se pasa la lengua.

—Por los magos de Aquirante! exclamó el príncipe, ¿no escucháis, pues, mis historias?

—Sí, sí, dijo la princesa; pero no podéis imaginaros qué cara tan rara ponéis cuando queréis estar serio.

Como el príncipe no carecía de vanidad se puso furioso, y Foliana resolvió enfurecerse dos tantos más que él; así se dieron cuenta de que aún no se conocían y de que no se habían amado nunca. Porque así son las cosas. Ardeliano gritó mucho, más que lo que gritó su nodriza en toda su vida; Foliana dijo mil cosas duras, y cuentan que el príncipe heredero sintió en pleno rostro las uñas de su ideal.

El príncipe no podía sufrir rasguños, y sin esperar más se ciñó la espada, montó á caballo, furioso, jurando que no la volvería á ver jamás.

Así, con el alma violenta y fiera, huyendo de la pérfida, fué á parar un poco más allá en la floresta, y acostándose sobre el musgo se puso á reflexionar en su desgracia, lloró sobre él mismo y sobre la aberración de la princesa; se desesperó considerándose el más desgraciado de los mortales; imaginó argumentos formidables para darse la razón, y discutiendo de esta manera comenzaba á consolarse, cuando observó entre el follaje dos ojos burlones que lo contemplaban curiosamente, luego una cabellera larga y dorada que se desenvolvió de una rama; una voz cantaba muy alto; caían flores como una neva y de repente una mujer joven y esbelta apareció delante de él.

—¿Quién eres?

—Soy Ardeliano, Príncipe de Aquirante.

—Eres el que tuvo una nodriza tan bestia?

—El mismo, ¿y tú?

—Soy una hada: el hada Melivana.

Inclinábase con soltura, delgada, noble, flexible, semejante á una palma; la tela de su vestido era tan fina, que á través de su tenuidad, la luz se desposaba con los flancos puros y con las curvas admirables; hasta la nuca iba una línea maravillosa, tendida y vibrante como un arco. Cerró el príncipe los ojos para curarlos del deslumbramiento, y cuando volvió á abrirlos le pareció el hada aún más bella.

—¿De dónde vienes? preguntó ella.

El príncipe contó todo. El hada también dijo sus viajes; habló de países prodigiosos que brillan eternamente: habló de tórridas comarcas en donde la brisa es una invisible llama; sabía los nombres de todas las flores, el secreto de los árboles

de la floresta y el lenguaje de las estrellas: refirió la historia del Príncipe Día que se levanta con su gran ojo abierto, y la leyenda del crepúsculo, que es el párpado del sol, que se cierra cuando aquel ojo amarillo se ha puesto rojo de tanto mirar.

Ardeliano admiraba tantas maravillas.

—¡Ah! dijo. ¡Tú eres bella como la primavera; no reirías si te dijese que el viento viaja alrededor de la tierra; eres sabia, sabes cosas maravillosas, lo sabes todo!

—Sí, dijo el hada; conmigo se puede remontar muy alto.

¡Oh! exclamó el príncipe, soy demasiado pesado para remontarme; pero escucha, Melivana; tú eres el poema de la gracia, y ¡tus ojos! son cambiantes como las nubes, no se sabe en qué momento dicen la verdad, no se sabe si son graves ó burlones: morenos como la cáscara de los árboles ó glaucos y fugitivos como el mar Es absolutamente necesario que me des un beso.

—¿Un beso? Con mucho gusto, dijo ella—porque las hadas son las hadas y es aterradora su sencillez.

El príncipe y el hada se enlazaron, sus labios se unieron y la cabellera los cubrió como una onda temblorosa. Las sombras azulaban el césped bajo los árboles y se oían melodías correr de rama en rama. Entonces el príncipe tuvo un vértigo inefable, como si la vida se abriera en este beso, nueva y radiosa como la juventud de una aurora; y tenía tal dulzura, que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué tienes? dijo el hada sorprendida.

—Te amo. Me parece que soy un niño que ve la vida por primera vez; aprendo todo lo que existe.

—Pero ¿por qué lloras?

—Lloro Ignoro por qué—Tal vez porque te amo.

—Preciso es confesar que tomaste demasiada leche de tu nodriza.

—Te amo, replicó ingenuamente.

—Ya lo dijiste, ya lo sé.

—¡No lo sabes!

Y tan minuciosamente se lo explicó, que Melivana se sintió aburrída.

Tal es la bondad de las hadas, que perdonan todos los ultrajes, excepto que se les fastidie.

Melivana juzgó al príncipe insoportable, como, en efecto, lo era.

—Escucha, continuó él, quisiera decirte, decirte que tú eres mi ideal, ¿entiendes?

A Melivana poco le importaba ser el ideal ó no.

—¡Hei ho! ¿quieres hablarme de otra cosa?

—¡Te amo!

—Sí, pero las hadas no aman, y, además, los genios lo prohíben. ¡Eres audaz! Perdería mi posición en la corte y Novelliana no volvería á saludarme. ¿Amar? ¿me crees una mujer?

—¡Oh! dijo el príncipe.

Riendo, huyó el hada, tan ligera como una luz; y él corría tras de ella, desesperado, ridículo, y á pesar de todo, gritaba su amor, su amor

¡Cuán sorprendido quedó al ver aparecer á la Princesa de Pallor!

—¡Qué! ¿te has atrevido á seguirme, has olvidado mi cólera?

—No lo he olvidado, dijo Foliana; pero la disputa no ha terminado.

—¡Hei ho! ¡hei he! El hada reía en lo más alto del follaje.

—¿Quién es esa mujer, y qué te decía? exclamó la princesa avanzando, con las uñas extendidas. Ardeliano suspiró.

—Es una hada, ¿no la ves? y de la más cruel especie.—Y añadió amargamente.

—¿Soy un traidor para contar las confidencias que me hacen?

—Señor, dijo Foliana con dignidad, puede ser que en otro tiempo me gustasen

vuestras historias, pero no puedo sufrir las que tratan de hadas.

—Muy bien dicho, exclamó Melivana. ¡Sus! ¡sus! ¡que no haya misericordia! ya te contaré cómo me besó por la fuerza. . . . Y me ha dicho tales cosas . . . ¡Es un monstruo!

—Es un hombre vil, dijo Foliana.

—Es un tonto, concluyó Melivana. Vamos, dejémosle con su buena nodriza. ¡El pobre! aún tiene los carrillos llenos de leche.

Y tomando á la princesa de la mano, la llevó á su gran carro de peonías, arrastrado por un enjambre de avispas, y partieron por el espacio enlazadas en estrecho abrazo. ¡Heñ Hi! ¡heñ hi! y el príncipe las oía reír.

¿He? ¡hi! ¿he? ¡hi! ¡Que te diviertas con tu dolor! Quien quiere amar, quiere sufrir. ¿He? ¡hi! ¡heñ he hi! nada vale como la luz, el gozo, el gran aire puro!

¡Pobre príncipe! quedó solo, estupefacto de su aventura. Comprendía que le habían faltado, que merecían un castigo de lesa majestad; pero esta idea quedaba en él como envuelta en las tinieblas.

Se dice que lloró largo rato, confundido, adolorido, desesperado; y si alguien le hubiera visto, hubiera tenido piedad de él al verlo rodar por tierra, gimiendo y mordiendo la hierba como una bestia salvaje. Aunque no tenía una inteligencia sutil, tenía una alma para amar y un corazón de carne para sufrir. De repente, cuando así se torcía, ahogando en el musgo el grito de su agonía, su boca encontró una hierba tan amarga, que la sorpresa contuvo sus lágrimas; parecía esta hierba como las otras, pero su singular acidez corroía los labios como una llama; y vagamente en el alma del príncipe, allá en la oscuridad, alguna cosa le recordó una quemadura igual.

Entonces vió las flores que había troncado con su espada, les tuvo compasión,

puesto que habían sufrido con él. Las había bonitas, las había extrañas y de una belleza sobrenatural. Sentía sus vivos perfumes, las hacía brillar al sol y se extasiaba ante la transparencia ardiente que tienen en la luz. Todas las cosas le eran reveladas de nuevo; una alma desconocida lloraba y cantaba en él, tierna y fiel, pero tan profunda, que la escuchaba con estupor, como la voz grave de un hermano á quien no veía.

El príncipe no sabía que en su desesperación había mordido la hierba de los magos. Lleno de una fuerza desconocida, rico de confianza, de alegría y de ardor juvenil, y tomando un ciclamen y una orquídea blanca, atravesó la floresta como en un sueño, y partió á buscar por el mundo las aventuras prometidas á su destino.

* * *

Con el nombre de Caballero Desamorado, el Príncipe de Aquirante apareció con diversa fortuna en los torneos y en las guerras. Llevaba siempre una flor en el yelmo y la cambiaba cada día, según su capricho; y así lo llamaban el paladín de las bellas á quienes bastan los esponsales. El príncipe sabía que las flores se marchitan pronto, y que el goce varía, según quien lo inventa También decía, que á las hadas, hay que admirarlas como á criaturas de la aurora, pero que para quienes se les aproximan, son más pérfidas que todas las princesas de la tierra.

Hay que dejar á las hadas con las mariposas del aire, y á las princesas con la risa de la alegría. Pero las flores son muy suaves; las flores son consoladoras. Valen más que las hadas y mucho más que las princesas; no engañan ni hay peligro en su amor: entregan ingenuamente su gracia á las caricias, y toda su alma está en su perfume.

ALBERTO MOCKEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

“Curiosa Venganza.” — (Costumbres de mineros mexicanos), por Ricardo Colt. Araluce.—México. 1905.

«Curiosa Venganza» es el título de una novela más curiosa aún, que su autor, un ingeniero de minas, acaba de dar á la publicidad. Confieso que principié su lectura con gran pesimismo, seguro de que á las pocas páginas, la ineptia ó la vulgaridad del autor desconocido, me habian de ahorrar el trabajo de apurar las 140 páginas del volumen. El recelo era justo; el título de Ingeniero de minas, que seguía en la carátula al nombre del autor, más que una garantía, me pareció una amenaza. Estamos tan acostumbrados á esos atrevimientos de profesionales, ignominiosamente osados, que á falta de cualidades de observación ó de estilo, llenan páginas enteras de herméticos tecnicismos y presuntuosas vulgaridades! Y es que nuestro público, hablo del culto, del que debería tener más clara y justa comprensión de los ejercicios intelectuales, considera la literatura como un fácil pasatiempo al alcance de cualquier desocupado. Así se producen con deplorable frecuencia novelas y poesías (?) de médicos ó abogados que, respetables en su clínica ó en su bufete, son

monstruosas irrisiones cuando sus antiestéticas personalidades fermentan literariamente, bajo la acción de una siniestra levadura lírica.

Pero tratándose de «Curiosa Venganza,» mi recelo no se vió justificado y el vago pesimismo no tuvo confirmación. Este libro me parece algo, mucho más interesante y caracterizado que los devaneos literarios de los profesionales sentimentales. A las pocas páginas el libro me interesó. Agradablemente sorprendido, fuí volteando sus hojas y el *movimiento* del relato, los tipos llenos de carácter y las observaciones graciosas, sutiles y originales, me conquistaron á tal punto, que la ingenuidad casi bárbara, de la factura, el frecuente prosaismo y otros pecados más que no numero, me parecieron leves y merecedores de indulgencia, toda vez que á las claras, el autor poseía un raro don talismánico: el talento.

Indudablemente, en ese relato pintoresco y lleno de humor, entre sus malezas de lenguaje, y sus *naïvetés* de puro *métier*, hay un observador que se impresiona vivamente y sabe re proyectar en forma enérgica su visión interna. El autor de «Curiosa Venganza» tiene madera de novelis-

ta y logrará llegar á serlo en la noble y alta acepción del vocablo. Mucho es lo que le falta sin duda; desde luego un propósito serio de ejercer esa actividad con mayor energía, no con la blanda y frívola intención del amateur. Lectura, mucha lectura de buenos modelos en seguida y al fin una criba, un tamiz que detenga la paja y deje sólo salir el grano bueno y fecundo. Cuando Colt, acrisole, lime y castigue su estilo, cuando posea una forma discreta siquiera, habrá ganado mucho, ya que lo fundamental, el talento, lo tiene en alto grado.

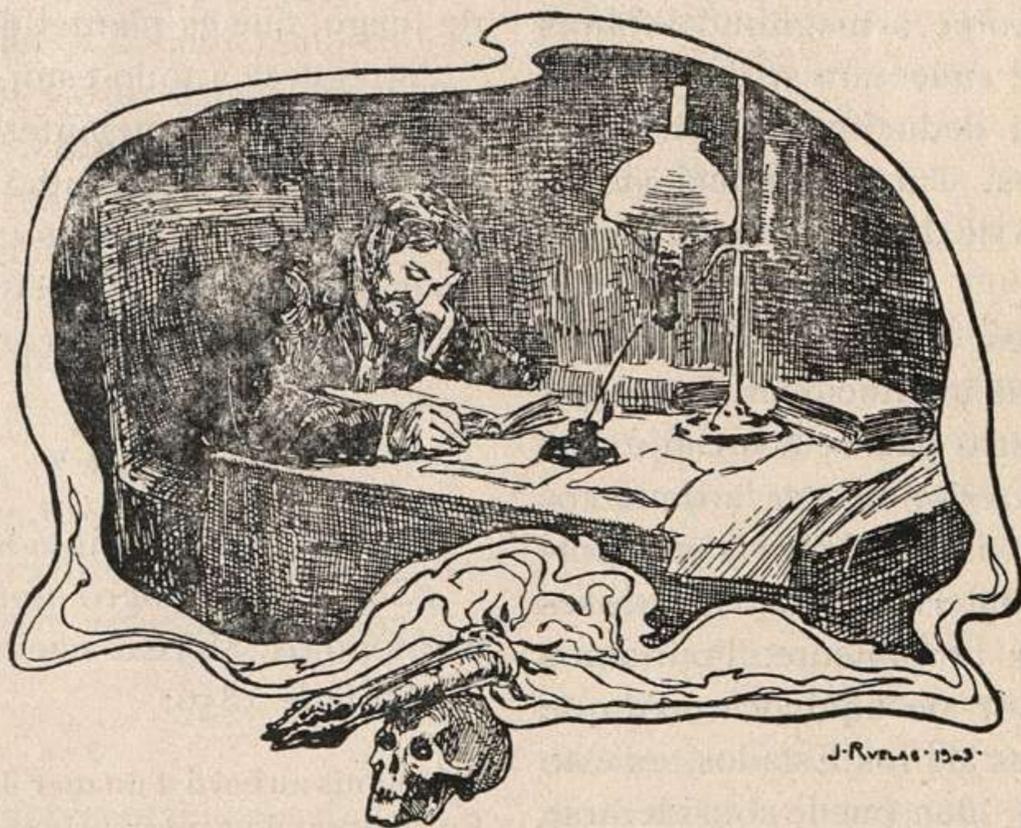
Un aplauso, pues, al autor de «Curiosa Venganza» y la expresión de nuestro deseo de que la segunda parte de su novela venga en breve, y con su lectura confirme lo que hemos dicho.

“**Homenaje á Cervantes.**” — *Pelissio. Editor. Mérida. 1905.* — Así se titula un elegante folleto publicado en la

culta Mérida para honrar la memoria del inmortal autor del «Quijote,» cuyo centenario se aproxima. En sus páginas ornadas con bellas viñetas y «cul-de-lamps,» hay valiosos artículos de curiosidad y erudición cervantesca y poesías muy interesantes. Un galano soneto de Peón Contreras, tres de Rosado Vega y las prosas de Gabino Vázquez y Moreno Cantón, son piezas dignas de mencionarse. No diremos lo mismo del dibujo «Recuerdo de Lepanto,» del «inspirado artista español D. Adolfo Herreras,» como se llama en el folleto al poco feliz autor del mal dibujo, que completamente desluce en el conjunto simpático de la publicación.

Tipográficamente, el mencionado folleto es un triunfo para la imprenta «Gamboa Guzmán,» y literariamente, una flamante prueba de que es justa la fama que Mérida tiene como metrópoli intelectual y culta.

J. J. T.



LIBROS Y REVISTAS

En 9 de Agosto de 1895, dictó el actual Gobernador del Estado de Michoacán, Don Aristeo Mercado, un acuerdo encaminado á hacer que en todo edificio público se abriera un libro destinado á llevar su historia, completándola con los antecedentes que pudieran recogerse.

Fruto de esa sabia disposición, es la notable *Memoria* que acerca de la construcción y solemne inauguración de la Escuela Médica y del Hospital General de Morelia, hecha el 16 de Julio de 1901, acaban de publicar los referidos establecimientos.

Más de 150 páginas, folio, y como 20 fotgrabados de fachadas, perspectivas, departamentos y personal administrativo, forman el precioso documento. En él puede abarcarse, de un golpe, la magnitud de obras tan acabadas, y de su lectura se deduce más que lo que podría deducirse de una visita hecha á los edificios. Tal es la minuciosidad, el cuidado, el plan de documentación seguido en su factura.

Es, á todas luces, el Hospital General de Morelia, una de las instituciones de ese género, que en nuestro país se acercan más á lo perfecto. Su exterior belleza arquitectónica, sus grandes proporciones y su admirable distribución interna, lo colocan, de seguro, en un lugar prominente. Podríamos asegurar, sin temor de equivocarnos, que entre los hospitales de los Estados, es éste el primero, y, que, bien puede considerarse como el segundo de la República, después del General de esta metrópoli, que se considera á la altura de los mejores europeos.

Doce pabellones aislados, dos manicomios

para enajenados de ambos sexos, una sala de operaciones, tres anfiteatros, tres departamentos para distinguidos, maternidad é infancia, un bien dotado arsenal quirúrgico, una completa instalación de lavandería y desinfección, dos departamentos de baños y cocina y proveduría, forman el vasto conjunto de este notable establecimiento llamado á prestar inmensos servicios á aquel floreciente y populoso Estado.

La Escuela Médica, con sólo decir que está anexa al Hospital, lo que desde luego es una enorme ventaja para sus alumnos; que reúne las mejores condiciones higiénicas previstas por la moderna pedagogía; que su plan de estudios es inmejorable y su personal docente meritísimo, se comprenderá desde luego, que es plantel de primer orden.

Agréguese á todo esto, un costo relativamente bajo de semejantes obras (menos de \$400,000.00), y se tendrá completa idea de los incalculables bienes que la gestión gubernativa del Sr. Don Aristeo Mercado ha reportado á los michoacanos.

*
* *

M. Jean Moreas, pintado en cuatro líneas:
«Con su verdadero nombre de Papadimantopulos, Moreas nació en Atenas, el 15 de Abril de 1856:

“Je naquis au bord d'un mer dont la couleur passe
En douceur le saphir oriental. Des lys
Y poussent dans le sable”

El heroísmo de esta raza se ha transformado en inteligencia y ha florecido en poe-

sía. Jean Moreas desdeña la vida activa: prefiere contemplarla á mezclarse directamente en ella, y creo que le parecerá absurdo el arriesgar la propia y privilegiada existencia en la conquista de cualquier galera: se contenta con oír la música de sus propios remos que baten las olas.»

De Jean de Gourmont, es la anterior y breve semblanza que *Emporium*, revista mensual, ilustrada, de Bergamo, Italia, publica en sus amenas páginas.

* * *

El tercer Aniversario de la fundación de la Sociedad Astronómica de México.—Trabajos leídos en la sesión solemne del miércoles 1º de Marzo de 1905.—De las sociedades científicas establecidas en la República, es seguramente la Astronómica de México, una de las pocas que en el corto tiempo de tres años que lleva de establecida, ha podido contar con un grupo de cosa de quinientos socios, que, con entusiasmo y constancia, trabajan por su prosperidad y engrandecimiento.

Cuanto de mejor y más notable ha: en las letras, en el foro, en la medicina, en el profesorado, en el ejército, en el clero, da gran realce á la Sociedad; y cuenta también entre sus socios con varias damas, cuya afición á esta clase de estudios es notoria. Los astrónomos más renombrados de todo el globo, forman también parte de la Sociedad y la ayudan con sus interesantes escritos.

Si en el breve espacio de tres años, tanto ha logrado ésta, bajo todos conceptos, simpática agrupación, es seguro que su porvenir será fecundo en bienes para la causa de la ciencia, y el creciente avance del país en todos los ramos de la actividad humana.

* * *

El número de representaciones que cada una de las óperas de Ricardo Wagner, han alcanzado en Alemania, según afirma el corresponsal de *La Lectura*, de Madrid, es como sigue: *Lohengrin*, 302; *Tannhauser*, 289;

Los Maestros Cantores, 191; *El Buque Fantasma*, 174; *La Walkiria*, 146; *Siegfried*, 113; *Tristán é Isolda*, 92; *El Crepúsculo de los Dioses*, 85; *El Oro del Rhin*, 81; *Rienzi*, 37. Total: 1,510. La ciudad que ha presenciado mayor número de representaciones, ha sido Hamburgo, que figura con 74; siguen Berlín, con 72, y Munich con 67.

De no escaso interés son, para muchos de los lectores de *Revista Moderna*, las cifras anteriores que nos vienen del país de las estadísticas.

* * *

Ofrece *La Grande Revue* á sus lectores, bajo la firma de Ripert, un artículo consagrado al ilustre poeta Federico Mistral, quien, como sabrán nuestros lectores, acaba de obtener el premio de Nobel, que también fué concedido al dramaturgo español, Don José Echegaray.

Siendo demasiado extenso el precitado artículo, para poder reproducirlo en su mayor parte, tomaremos de él solamente algunos de sus párrafos culminantes.

Hay un modo muy sencillo de comprender á Mistral, dice Ripert, y es este: en un día de sol resplandeciente, de fuerte viento y de mucho polvo, subid á la roca de Nuestra Señora de los Doms, que domina la bella ciudad de Avignon. Subid y medita acerca del paisaje, que desde allí se descubre: la inmensa planicie que se extiende hasta el horizonte por do quiera se dirija la mirada, el Ventoux, que cae sobre ella como un promontorio, á lo lejos el Ródano, que corre sin prisas, pero con fuerza, y se desliza hacia el mar con movimiento amplio y suave; la ciudad papal, dorada por el sol con indolencia italiana; en frente, la Edad Media en las torres de Villeneuve, y la llanura, alrededor de todo eso, la llanura dilatada, inmensa Mistral es la llanura. Tal es la impresión que nos producen sus poemas, por la amplitud de sus horizontes. Ha habido poetas del mar, como Homero; de las montañas de suaves laderas y solitarias encinas, como Lamartine; de

los montes abruptos, de los precipicios y de los castillos roqueros, como Víctor Hugo; de los salones, como Musset; de las tabernas, como Verlaine Mistral es el poeta de la llanura . . . Fácil es hacer unos versos al sol, al encanto del cielo azul, pero hace miles de años que el sol da vida y calor á la Provenza, sin que ésta haya tenido antes de hoy un Mistral.

Mistral compuso el poema *Mireille*, sin más que la lectura de Homero, Teócrito y Virgilio; pero ante el espectáculo de la hermosa llanura del Ródano. Escribió en su propia lengua, en el sonoro dialecto de Provenza. Esta circunstancia dió nuevos bríos á su originalidad. Si hubiera escrito en francés, sus obras serían, sin duda alguna, copiosas *Meditaciones*, dulces *Armonías*, *Odas* suntuosas; hubiera sido un poeta algo mejor que los demás, pero nunca inmortal.

Evocando la figura de Mistral, y recordando sus obras, se experimenta un extraordinario sosiego. Más allá de las discordias y de los odios pueriles, álzase, rodeada de una aureola bíblica, como imagen de la paz, de la grandeza, de la serenidad.

Como los párrafos anteriores son todos los del artículo, campea en ellos una casi adoración y un gran cariño por el dulce poeta provenzal.

* * *

“**El Mundo Ilustrado**,” de esta capital, que bajo la dirección de Luis G. Urbina, va adquiriendo cada día mayor prestigio, acaba de celebrar, con el éxito más liosongero, su primer concurso del año, y se prepara ya á convocar á un segundo certamen de no menos importancia y trascendencia que el anterior.

Dignos del mejor aplauso son los esfuerzos realizados por esta publicación, en pro del feminismo bien entendido.

* * *

Prosélito ferviente del más noble de los

cultos: la mujer, y de la religión más alta: el Arte, F. Jiménez Arraiz, talentoso orador venezolano, consagra una bella apología á esta inseparable dualidad, en un discurso que en ocasión de cierto festival feminista, pronunció en Caracas.

Por la Mujer y por el Arte, es el título y epígrafe con que aparece editada la referida pieza oratoria, para delectación de propios y extraños.

* * *

Alma, la simpática revista jalisciense, de estudios psíquicos y morales, ha entrado ya al segundo año de su publicación, y con él, á un franco período de avance en el desenvolvimiento de su programa.

Hermosa, en verdad, es la misión que *Alma* se propone, y tan justa y desinteresada, que á muchos parecerá tonta y hasta quijotesca. Pero, por fortuna, no falta quien dé más importancia á la «vida del espíritu» que á las «cosas terrenales,» y que al abominable proverbio yanke *time is money*, no oponga el de *el tiempo es estudio, virtud, poesía, amor*, que dijo nuestro Jesús Urueta.

* * *

Revista contemporánea, de Bogotá (Colombia), da cuenta de la próxima aparición de una novela brasileña, que, según afirma, fué escrita hace más de treinta años, siendo perfectamente conocida en Francia, Alemania, Australia, Portugal y el Japón, menos en Sud-América, en donde hasta hoy, un aficionado que logró dar con ella, se ocupa de traducirla ni más ni menos que del portugués, por no encontrarse el original español.

Inocencia se titula esta novela, y, asegura la mencionada publicación, es una producción que está á la altura de la *María* de Jorge Isaacs.

Una importante casa tipográfica se encarga de hacer la primera edición en español,

*
* *

Para muchos de los que no creemos, que no podemos creer en Echegaray dramaturgo, aclamado y glorificado hace pocos días, á raíz de la concesión que se le hizo del Premio Nobel, viene que ni de molde el juicio que bajo el título de «Echegaray y la juventud,» debido á la cultísima pluma del crítico Don Manuel Bueno, inserta en sus páginas la excelente revista madrileña *Unión Ibero-Americana*.

He aquí sólo una parte, el final, de ese importante juicio:

«Seamos sinceros sin sobra de restricción mental en el pensamiento, ni de pusilanimidad en la pluma: Echegaray nos es extraño, nada tiene de común con nosotros; no le admiramos. Nos asombran las proporciones, la masa de su obra; pero el contenido poético, la levadura artística de su teatro, la entraña intelectual de su dramaturgia nos deja indiferentes. No le debemos una emoción, no nos ha revelado un aspecto interesante de la vida del espíritu, no disipó ninguna de nuestras dudas sobre el destino de la humanidad, ni trajo un aliento de sosiego á nuestras almas inquietas.

«En vano evocamos el recuerdo de nuestras lecturas, en vano queremos renovar la visión de nuestros placeres espirituales; Echegaray no apunta ni aparece jamás. Canta en nuestro corazón la musa doliente de Becquer, y cada vez que un amor nos apena y nos somete, una rima del infortunado poeta es la música que ponemos á nuestro secreto sufrimiento. En nuestras horas de desencanto y de incredulidad, la sombra de Campoamor nos asiste fraternalmente y nos exhorta á reír. Galdós nos ayuda á sondear en el misterio de la vida. Palacio Valdés nos conmueve con sus cuadros, aguas fuertes mejor dicho, de sentimiento y de verdad, y Don Juan Valera nos recrea con sus inofensivas ironías.

«En el jardín de nuestra alma, no ha sembrado Echegaray una sola flor. ¿Por qué habíamos de amarle y de creer en él? Cuando pensamos en su teatro, surge ante nues-

tros ojos una turbamulta de mujeres histéricas y de caballeros epilépticos, que se expresan en verso vacuo y sonoro. Ellas hablan de sus desesperaciones, del cielo azul, del lago, de las charcas, de los ocasos, de las mariposas, del rayo, de los volcanes; ellos hablan de su pasión, de su honor, de su acero, del plomo homicida que vomita la pistola, de adulterios, de perjuros, de afrentas y de castigos, y sobre las altisonantes palabras de ellos y de ellas, de las hembras histéricas y de los hombres epilépticos, se extiende la bruma de lo absurdo, de lo quimérico, de lo disparatado y del rumor de una lírica todo pompa y aparato, pero sin gota de savia, ni aroma de poesía. ¿Cómo hemos de amar á Echegaray? Harto hacemos con respetarle. Vaya la España oficial con sus políticos de Tobaoda, su prensa de panllevar, su juventud de Ateneo y sus cómicos de la legua al encuentro de Echegaray. Corónenlo de rosas y laurel. Bien está ese homenaje. A lo que no se tiene derecho es á contar con nuestro modesto sufragio. La juventud que piensa por cuenta propia, la que no sueña con prebendas políticas ni se ufana con victorias de juegos florales, la que se ha significado con altivo relieve en la literatura contemporánea, va por otro camino. Dejadla en paz.

*
* *

Al iniciarse el presente año, el Museo Nacional de México dió principio á la segunda época y tomo segundo de sus *Anales*, haciendo mensual su publicación, en vez de bimensual como antes era.

Valiosísimo, á todas luces, es el contingente que á los estudios etnológicos y arqueológicos, emprendidos por algunos de nuestros sabios y no pocos extranjeros, vienen á prestar los *Anales*.

Si no, juzgad por el sumario del último número:

«Las correcciones periódicas del antiguo Calendario Mexicano,» por Zelia Nuthal; «Manuscritos de Tehuacán,» por R. Mena;

«La habitación privada de los aztecas en el Siglo XVI,» por *Francisco M. Rodríguez*; «Las pinturas y los manuscritos jeroglíficos mexicanos» (Nota bibliográfica), por *Jesús Galindo y Villa*.

* * *

De *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, son las líneas siguientes:

UN NUEVO LIBRO DE AMADO NERVO.— Se titula: «Los Jardines Interiores.» En ellos discurre el alma de Nervo, religiosamente melancólica, dolorosa, acongojada. El poeta ha tomado un manojito de rimas, las ha atado con una pálida cinta de desencanto, de tristeza, la ofrece á los suplicados por todos los caminos hostiles de la vida.

«Muchos de esos versos hemos separado para estas columnas, los que se sienten menos humedecidos en el ajeno desconsolador, los que están menos borrosos bajo la penumbra crepuscular que visita las tumbas de amor y ensueño, sobre cuyas piedras fueron escritos trémulamente, como con un viejo cincel destemplado y roto.

«Nada en ellos de la dura gallardía arrogante de Juvencia; nada rojo de vigor explotante; nada soberbio de floración tumultuaria. Todo tenue, desvaído: un rumor otoñal, arrullador; funerales de hojas muertas; lejanos responsos de inviernos; un viento lento y profundo, que barre rítmicamente y largamente los mustios pétalos caídos de las frondas del poeta, ahora pendientes á la lividez vespéral, como una lánguida rama de saúz . . . «la pompa solemne y triste del viejo Octubre. . . .»

* * *

Visiblemente mejorado aparece *El Heraldo del Istmo*, en su postrera edición. Su factura artística y tipográfica es mucho mejor, su contenido más selecto y su papel más fino, siendo hoy sus dimensiones en folio menor, lo que le da, sin duda, mucho más carácter,

* * *

Acaba de crearse en Morelia (Michoacán), por decreto de la Legislatura Local, una Sociedad de Geografía y Estadística, que viene á llenar un gran vacío en aquel importante Estado, y á secundar vigorosamente el esfuerzo que ha tiempo se verifica en una gran porción del país, encaminado á obtener el mayor y más exacto número de datos de nuestro movimiento económico, político y moral.

La naciente institución ha comenzado desde luego por editar un *Boletín* que le sirva de órgano y lleve el contingente de su labor á las demás agrupaciones del mismo género, establecidas en las primeras ciudades de la República.

La prensa de Morelia y la informativa de esta capital, han hecho ya un alto encomio de esta nueva mejora, realizada por el Señor Don Aristeo Mercado.

* * *

Hemos recibido, además, las siguientes publicaciones:

—*El Heraldo*, diminuto semanario ilustrado, de esta ciudad, consagrado á las familias católicas. Está impreso en buen papel y contiene bonitas ilustraciones.

—*Repertorio Centro Americano*, publicación mensual, de ciencias y letras. Ve la luz en Santa Tecla, República del Salvador.

—*Febo*, semanario de literatura y variedades, que aparece en la Isla del Carmen, Estado de Campeche.

Todo su material es original, pero carece de mérito.

—*La Ilustración*, revista ebdomadaria, festiva, artística, de literatura y actualidades. Lleva tres años de publicarse y ocupa un lugar prominente en la prensa ilustrada de Santiago de Chile.

Uno de sus últimos números trae su primera página dedicada á nuestro representante diplomático en aquella República.

L. C.

La pobre muchacha creyó que iba á desmayarse ó á prorrumpir en llanto. Después de un rato logró dominarse y pensar y hablar con claridad.

—Todo esto me lo han ocultado — observó la princesa. — ¡Me parece un sueño! Porque yo he soñado esto, ¡sí, esto mismo! Pero, al despertar ¡No! Dígame, dígame todo. ¿Qué es usted? ¿Qué alimento es ese de que habla? Hábleme despacio, pero con claridad. ¿Por qué me han ocultado que no soy yo sola? Cuéntemelo todo, repetía la princesa.

Y el joven, trémulo y con voz emocionada, se sentó al lado de la de Weser-Dreiburg y le refirió todo lo referente al nacimiento y desarrollo del alimento de los dioses y á las cosas y personas gigantes que estaban desparramándose por el mundo.

II

El relato que hacía el hijo de Redwood á la gigante princesita de Wesser-Dreiburg era triste y fué interrumpido muchas veces por las pausas que ambos jóvenes se veían obligados á guardar. El lector debe figurarse sofocados y conmovidos á los dos gigantes, tratando de penetrar y descubrir mutuamente sus ideas y sus impresiones con frases sin terminar, entrecortadas y oídas á medias; repitiendo, haciendo exclamaciones y volviendo siempre á lo mismo. Conversación admirable que hizo despertar á la princesa y salir del estado de ignorancia en que había vivido hasta entonces. En efecto, lentamente fué comprendiendo la joven que no era la única excepción en el orden de la humanidad, sino un miembro de la diseminada familia gigante que se había nutrido con el alimento, traspasando así los mezquinos límites de la gente que bullía á sus piés.

El joven Rewood le habló de su padre, de Cossar, de todos los hermanos desparramados por el mundo; y también de la aparición de ideas aún más gigantes que habían entrado á formar parte de la historia del mundo,

—Estamos únicamente en el comienzo del principio,—dijo el joven.—Este mundo de ahora es sólo el preludio del mundo creado por el alimento.—Y añadió después:—Mi padre cree, y yo soy de la misma opinión, que llegará un tiempo en que lo pequeño habrá desaparecido por completo del mundo de los hombres, y en que los gigantes andarán por él con toda libertad porque será suyo, ¡será nuestro mundo, y hemos de ser los que en él hagamos cosas grandes y espléndidas! Pero eso pertenece al porvenir. Ni siquiera somos nosotros la primera generación: ¡somos únicamente los primeros experimentos!

—¡Y que no haya yo sabido nada de esto! —exclamó la princesa!

—Hay ocasiones en que me parece que hemos venido demasiado pronto. Pero supongo que uno tenía que ser el primero, forzosamente. El mundo no estaba preparado aún para nuestra venida y para la de otras cosas menores que derivan toda su grandeza del alimento de los dioses. Ha habido torpeza y aun conflictos: la gente pequeña odia nuestra especie; son duros con nosotros porque ellos resultan tan mezquinos . . . ¡y porque nuestros piés pesan sobre cosas que son para ellos la vida! Sea lo que quiera, ello es que nos odian y no pueden ver á ninguno de nosotros: sólo si pudiéramos reducirnos á su tamaño normal consentirían en el perdón . . . Son felices en casas que á nosotros nos resultarían prisiones; sus ciudades son demasiado pequeñas para nosotros, andamos con dificultad por sus caminos, y no podemos rezar en sus templos. Nosotros miramos por encima de sus muros, y hasta sin querer miramos por las ventanas altas de sus casas; vemos todas sus costumbres, y sus leyes sólo sirven de red para nuestros propósitos. Cuando damos un traspie los oímos gritar; y lo mismo cuando traspasamos sus límites ó tratamos de emprender cualquier cosa. Nuestro sosegado andar les parece carrera vertiginosa, y todo lo que para ellos es grande y admirable, para nosotros es cosa de juguete y casitas de muñecas. Su mezquindad de

método, destroza nuestras fuerzas. No hay máquinas que se opongan á la fuerza de nuestras manos, ni objetos á propósito para nuestras necesidades. Ellos tienen nuestra grandeza en servidumbre por millares de lazos invisibles. Nosotros somos más fuertes, hombre por hombre, cien veces, y eso que estamos desarmados; pero nuestra grandeza misma nos hace acreedores suyos: ellos reclaman como propia la tierra que pisamos, ellos nos tasan la cantidad de alimento y el terreno que necesitamos para vivir. ¡Y para todo esto tenemos que trabajar con los instrumentos que saben hacer esos enanos y sólo por satisfacer sus menudos caprichos! Ellos nos tienen, además, sujetos de mil modos. Para respirar hemos de traspasar sus linderos. Para poder encontrarla á usted aquí he tenido que cruzar su vallada.... De todo cuanto puede hacernos la vida razonable y grata, saben ellos construir diques para nosotros: no nos dejan que entremos en sus ciudades, ni que pasemos por sus puentes, ni que pisemos sobre sus campos labrados, ni que entremos en sus cotos de caza. Me han separado por completo de todos mis hermanos, fuera de los hijos de Cossar, y aun el camino que me puede conducir adonde viven éstos lo van estrechando de día en día. . . . ¡Dan ganas de pensar que buscan la ocasión para hacerle algo malo! . . .

—Pero nosotros somos los fuertes,—interrumpió ella.

—Sí, lo somos. Sentimos nuestro poder dentro de nosotros mismos. Usted también debe sentirlo. . . . Sí, tenemos poder para hacer grandes cosas, poder que se revela allá en lo hondo. . . . ¡Pero, hasta que podamos realmente hacer algo!

El gigante Redwood extendió la mano que parecía barrer todo un mundo.

—Aunque yo creí que estaba sola en la tierra, he pensado en todo esto muchas veces. Pero me enseñaron que tener fuerza resultaba un pecado, y que era mucho mejor ser pequeño que grande, y que toda verdadera religión consiste en amparar, animar y sostener á los pequeños y débiles y en ayu-

dar á su multiplicación hasta que acaben por vivir unos encima de otros, y en sacrificar las fuerzas que uno tiene en su provecho. Pero la vida que había dentro de mí, me ha demostrado otra cosa mucho mejor.

—Sí, esta vida que tenemos, estos cuerpos nuestros no se han hecho para la muerte,—replicó el joven.

—No,—afirmó ella.

—Ni para vivir ocupados en pequeñeces. Claro es que si no nos resignamos á ellas, ya sabemos de sobra que vendrá por fuerza el conflicto. ¡No sé qué amargo conflicto sobrevendrá ahora si las gentes pequeñas se empeñan en no dejarnos vivir como necesitamos hacerlo! Ya lo han pensado nuestros hermanos. Y á Cossar, de quien antes he hablado á usted, también le preocupa esto.

—Son muy pequeños y débiles

—A su manera. Pero ya sabe usted que todos los medios de dar muerte están en sus manos y fabricados á propósito para ellos. Durante centenares de miles de años, esta genticilla cuyo mundo invadimos, ha estado estudiando la mejor manera de matarse unos á otros. Son muy diestros en eso, y tienen muchas habilidades por el estilo. Y, además, saben mudar la casaca á tiempo y engañar cuando les conviene. . . . No sé, pero ello es que el conflicto se acerca. Para usted, acaso la cosa sea indiferente. Para nosotros, es seguro que viene eso que ellos llaman guerra. Ya lo sabemos, y, en cierto modo, nos preparamos á ella. Pero, ya sabe usted, ¡son tan pequeñitos que no sabremos como matarlos! Y, en realidad, tampoco queremos que mueran.

—Mire usted, le interrumpió la joven. Y se oyó el sonido de una trompetilla.

Redwood se volvió en la dirección que le indicaban los ojos de la princesa y vió un automóvil de color amarillo intenso, con su conductor y viajeros envueltos en pieles; el cual automóvil trepidaba, chocaba y silbaba rabioso contra el tacón del zapato del gigante. El joven separó el pie, y al instante salió disparado el coche, dando fuertes

resoplidos de disgusto por la carretera en dirección á la ciudad.

—¡Obstruyendo el camino!

Estas palabras llegaron hasta el joven.

Luego, uno de los viajeros observó:

—(Ahí está la princesa monstruo!

Y esto hizo volver á todos la cabeza para mirarla.

La joven princesa dijo á su acompañante:

— Todo esto es más chocante de lo que puede imaginarse.

—¡Que no os hayan dicho nada!—añadió el joven, sin terminar la frase.

—Hasta que le he visto á usted he vivido en un mundo en que me creía grande yo sola. Por eso, me había formado una vida á mi modo, creyéndome víctima de algún extraño capricho de la Naturaleza. Pero ahora, en el espacio de media hora, ha desaparecido aquel mundo que yo imaginaba, y veo otro muy diferente, con condiciones, perspectivas amplísimas, compañerismo.

—Sí, compañerismo,—repitió el joven.

—Necesito que me refiera usted más, mucho más aún. Esto va á pasar por mi espíritu como un cuento. Y aun acaso algún día crea en usted. ¡Ahora me parece que estoy soñando!. . . . ¡Escuche usted!

Dió la primera campanada el reloj del palacio y ambos jóvenes contaron maquinalmente las siete.

—Esta es la hora en que debo volver á casa. Ya estarán llevándome el desayuno á mi galería donde duermo mis pequeños empleados, y mis sirvientes andarán ya ocupados en sus microscópicos menesteres. . . . ¡No puede usted figurarse con qué gravedad hacen sus funciones!

—¡Estarán atónitos!. . . . Pero necesito hablar con usted.

Se quedó pensativa, y luego le dijo:

—Sí. . . . Mas necesito reflexionar, necesito pensarlo yo sola y darme cuenta exacta de este cambio de cosas: creer en que está de más la anterior soledad y pensar en usted y en los otros que han entrado en mi mundo. . . . Ahora nos despedimos; pero mañana al amanecer volveré aquí mismo.

—Y yo estaré esperándola.

—¡Todo el día me lo voy á pasar pensando en este nuevo mundo que me ha descubierto usted!. . . . Aun ahora, apenas si puedo pensar en. . . .

La joven dió un paso atrás y recorrió con la vista al joven desde los cabellos hasta la punta de los pies. Sus ojos se encontraron y se hundieron unos en otros durante un momento: cada uno vió en el otro una cara brillante de alegría y roja por la emoción, pero suave y tierna, como si la hubiera bañado el sentimiento.

—Sí,—dijo la joven, riendo con emoción profunda.—Usted es un ser real; pero, ¡es tan extraño todo! ¿Lo cree usted de veras? ¿Es todo realidad? Supongamos que vengo mañana y le encuentro tan pigmeo como los demás. . . . Tengo que pensarlo. En cuanto á mañana, hagamos lo que hace la gente menuda. . . .

Y le alargó el brazo. Y por la primera vez se unieron y estrellaron fuertemente dos manos gigantes. Y los inmensos ojos de ambos jóvenes volvieron á encontrarse. . . .

—Adiós,—le dijo—adiós por hoy. ¡Adiós, adiós, hermano gigante!

El vaciló como si quisiera responder algo; pero se contentó, por último, con decir:

—¡Adiós!

Las manos permanecieron unidas algunos instantes, y los ojos hundidos unos en otros como si quisieran llevarse grabada la impresión en el cerebro. Y aun después de despedirse y separarse, volvió la princesa muchas veces la cabeza, y vió al gigante fijo en el sitio de su primer encuentro.

Pasó al fin á sus habitaciones, á través del gran patio del palacio, como una sonámbula, y con una gran rama de castaño en flor caída de la mano y arrastrando, enganchada entre los pliegues del vestido.

III

La pareja volvió á verse catorce veces antes del principio del fin. Se citaban en el parque grande ó en los altos y en las gargantas de brezales pantanosos cubiertos de

oscuros pinares y que se extendían hasta el Sudoeste. Dos veces sólo tuvo lugar el encuentro en la alameda de los castaños, y otras cinco junto al extenso lago que el rey, su bisabuelo, había mandado construir. Allí había un césped admirablemente cuidado, por entre el cual se elevaban altos coníferos y cuyos bordes tocaban la margen del agua, donde la princesa acostumbraba sentarse mientras el joven, echado á sus pies, la contemplaba como embobado, moviendo los labios en continua charla, refiriéndole todo lo pasado, la labor que su padre le había impuesto, y los grandes y magníficos planes que debían transformar el pueblo en ciudad gigante andando el tiempo. Comunmente tenían sus entrevistas en las primeras horas de la mañana. Pero una tarde se les ocurrió verse y se encontraron con que, de pronto, los rodeó una multitud de curiosos, velocipedistas y paseantes, que escondidos entre los arbustos trataban de sorprenderles la conversación; se acercaban aquellas gentes haciendo crugir las hojas secas como suelen hacerlo los gorriones entre los matorrales de los parques, escondiéndose y ocupando las barcas del lago para acercarse al sitio en que los amantes mantenían su interesante coloquio.

Fué este el primer toque de atención que les hizo comprender el grande é inmenso interés con que la gente acechaba sus entrevistas. Una vez, y era ya la séptima de estas y la que precipitó el escándalo, salieron á verse á la luz de la luna, entre los brezos, y estuvieron hablándose en voz baja bastante tiempo, gozando una noche templada y luminosa.

Ya habían hablado de cosas generales, es decir, de aquellas que se referían al mundo gigante que se había de formar con ellos y á la lucha inmensa entre lo grande y lo pequeño en que debían de tomar parte. Hablado todo esto, pasaron á tratar cuestiones más personales, de mayor interés y trascendencia. Cada entrevista que tenían y cada mirada de las con que se acariciaban, iba dándoles mayor convicción de que entre ambos existía algo mucho más tierno y ad-

mirable que la amistad, algo que los atraía, uniendo sus manos insensiblemente.

Muy pronto supieron el nombre de ese algo, y se sintieron amantes: se sintieron el Adán y la Eva de una nueva especie humana.

Y así emprendieron juntos el camino, lleno de encantos, del valle del amor, con sus silenciosos y profundos lugares. Al cambiar de modo de ser, cambió también el mundo para ellos, hasta que llegó á ser el santuario encantador de sus amores, donde las estrellas eran como flores luminosas, y el alba y la caída del sol como cortinajes espléndidos de brillantes y variados matices que embellecían su paso por la tierra. Dejaron de ser criaturas de carne y hueso uno para el otro y para sí mismos, convirtiéndose sus cuerpos y sus almas en una mezcla de ternura y de deseos. Dieron al amor, al principio, sus silenciosos cuchicheos, y luego le envolvieron en el silencio, acercándose y contemplándose absortos, iluminados por la luna y bajo la infinita bóveda de los cielos. Los altos pinos les rodeaban misteriosos, á manera de centinelas. Aquella noche no se dieron cuenta de la velocidad con que pasaban las horas para ellos; el universo todo parecía inmóvil; sólo sus corazones se oían latir con violencia; les parecía vivir unidos en un mundo donde no hubiera muerte. Y, en efecto, así era para ellos. Creían que habían sondado las profundidades, y que al sondarlas llegaron á encontrar mágicos esplendores escondidos en el mismo centro de los corazones, tales como no había encontrado nadie anteriormente. Aun para las almas mezquinas y bajas puede ser el amor la revelación de tales esplendores; y aquellos seres no tenían almas pequeñas, ni eran pequeños sus esplendores; eran amantes colosales que habían comido del alimento de los dioses.

Podéis imaginaros la consternación que se produjo en aquel mundo ordenado cuando empezó á saberse que la princesa, prometida de un príncipe, alteza serenísima por cuyas venas corría sangre real, tenía citas y celebraba entrevistas muy frecuentes con el

hijo hipertrofiado de un vulgar catedrático de Química, ente que carecía de rango, de posición, de riqueza; cuando se averiguó que los jóvenes se hablaban como si no hubiese reyes, príncipes, ni jerarquías en el mundo, como si sólo existieran gigantes y pigmeos, y cuando se supo que la princesa trataba al monstruoso galán como á un novio. . . .

—¡Si esos dichosos periodistas se enteraran!—decía todo azorado un funcionario de alta jerarquía.

—Me han dicho. . . .—murmuraba en voz baja el viejo obispo de Frumps.

—Ya hay nuevas historias arriba,—mascullaba el primer *maitre d'hôtel* mientras picaba en los postres.—Por lo que yo veo, esta princesita gigante. . . .

—Dicen. . . .—observaba la viejecita que á la entrada del palacio vendía los billetes á los americanitos para que pudieran ver las habitaciones regias.

Y luego:

«Nos autorizan para negar. . . » decía «Picaroon» en el *Gossip*.

Ello es que así, con dimes y diretes, fué descubierto todo.



IV

—Afirman que tenemos que separarnos,—dijo la princesa á su novio.

—Pero ¿por qué?—exclamó Redwood asombrado.—¿Qué nueva locura se les ha metido á esas gentes en la cabeza?

—Dicen que no está bien,—le respondió la princesa.

Y luego añadió:

—¿No sabe usted que el quererme es crimen de alta traición? Hoy me lo ha explicado un especialista en *Tacto social*.

—Pero, amada mía,—exclamó el joven—¿y eso qué importa? ¿Quién tiene derecho á. . . ? ¡Y, además, sería un derecho que no tendría sombra de razón! ¿Qué nos importa á nosotros?

—Yo se lo explicaré,—respondió la joven.

—Y le refirió todo lo que la habían dicho por la mañana.

—El que me habló es un hombrecillo rarísimo, con una voz llena de blandas y hermosas modulaciones, un caballerito que andaba por el cuarto con una suavidad que apenas se le oía: parecía un gato, y levantaba su manecita blanca cada vez que quería decir algo importante. Es calvo, con naricillas sonrosadas y barba recortadita y tan cuidada que es una monería. Pretendió conmoverse é hizo brillar sus ojos varias veces. Es un amigo devotísimo de la familia real de aquí, y empezó á llamarme *su joven y querida señora*. Parecía sentirse lleno de simpatía desde que empezó á hablar. Me dijo: «Mi querida señora, no debe usted hacer eso» varias veces; y luego: «Es un deber de usted.»

—¿De dónde saldrá semejante gentecilla? Pero no veo. . . .

—Con modales finos y con voz melosa y suave me dijo cosas serias.

—Y ¿cree usted que haya algo de verdad en todo lo que le han dicho?—preguntó el joven con violencia.

—Sí, hay algo, ciertamente,—replicó la princesa.

—¿Quiere usted decir que? . . .

—Quiero decir que, sin saberlo, hemos

pisoteado en las ideas más sagradas de estas gentecillas. Nosotros, los de sangre real, somos una clase especial: somos prisioneros venerados, somos juguetes procesionales, pagamos el culto que nos rinden con la libertad más elemental. Yo, que debía casarme con el príncipe. . . . ¿Pero usted no sabe nada de esto? Es un príncipe pigmeo que nada nos importa; más, por lo visto, el casamiento había de estrechar los lazos entre mi país y el suyo y también iba á aprovechar á éste. ¡Figúrese usted, estrechar los lazos!

—¿Y ahora? . . .

—Quieren, insisten en que se haga, como si nada ocurriera entre nosotros dos.

—¡Nada!

—Sí. . . ¡Y no es eso todo! El hombrecillo dijo, además. . . .

—¿Ese especialista en *Tacto*? . . .

—Sí. . . Dijo que sería mejor para usted y para todos los demás gigantes que dejáramos de vernos. . . . Tal fué el resumen.

—Pero, ¿qué pueden hacer si no queremos obedecerles?

—Dijo que podría dársele á usted libertad. . . .

—¿A mí?

—Sí; lo dijo apoyando mucho las frases: «Mi querida señora, sería mejor y mucho más digno, que ustedes se separaran *voluntariamente*. . . . » Y recalcó la palabra *voluntariamente* de un modo especial. . . .

—Pero. . . . ¿qué les importará á esos pequeños miserables, que nos queramos? ¿Qué tienen ellos y todo su mundo que ver con nosotros?

—Pues no lo creen así. . . .

—Supongo que usted no tendrá en cuenta nada de esto. . . .

—Me parece altamente ridículo. . . .

—¡Eso de que hayan de encadenarnos con sus antiguas leyes á nosotros, que somos hijos de las nuevas! . . . ¡Que nosotros, en la primavera de la vida, hayamos de sujetarnos á sus compromisos y á sus ciegas instituciones, que no tienen objeto alguno! . . . ¡No, no debemos hacerles caso alguno!

La princesa se acercó más á Redwood y le dijo:

—Yo soy tuya. . . . En cuanto á eso. . . .

—¿En cuanto á eso? . . . ¿No es en todo?

—¡Pero si ellos quieren separarnos! . . .

—¿Qué podrán hacer?

—No lo sé, y eso mismo pregunto yo. ¿Qué van á poder hacer?

—¿Qué nos importa? Yo soy tuyo y tú eres mía. ¿Qué cosa hay más importante que esta? ¡Yo soy tuyo y tu eres mía para siempre! . . . ¿Crees que me harán retroceder todas sus mezquinas leyes y sus pequeñas prohibiciones, y que sus tablones rojos me separarán de ti? ¡De ti, que eres para mí más preciosa, millares de veces más preciosa que la vida misma!

—Sí. . . . Pero, ¿qué haremos nosotros?

—¿Nosotros? Seguir adelante.

—¿Y si buscan los medios de impedirlo? . . .

El joven cerró los puños y miró á su alrededor como si la gente pequeña llegara ya á oponérseles; luego, clavando los ojos en el horizonte, dijo:

—Sí, tienes razón. Tu pregunta es muy justa. ¿Qué podrán hacernos si tratan de impedirlo? . . .

—¡En este país tan pequeño! . . . —le interrumpió la joven.

Redwood parecía escudriñar todo con la vista.

—Esa gente está en todas partes,—dijo.

—Pero podríamos. . . .

—¿Qué?

—Marcharnos, atravesar juntos los mares á nado. . . . Luego, más allá. . . .

—Yo nunca he estado más allá del mar. . . .

—Allí hay grandes é inmensas montañas entre las que nosotros mismos pareceríamos gente pequeña; hay valles lejanos y desiertos; hay lagos escondidos y alturas coronadas de nieve que aún no ha sido tocada por el pie del hombre; hay. . . .

—Mas para llegar á ellas tenemos que abrirnos camino luchando día tras día con millones y más millones de seres humanos.

—¡Esta será nuestra única esperanza, amor mío! Porque en esta tierra tan poblada no hay fijeza ni refugio para nosotros. ¿Qué lugar vamos á tener entre toda esta

muchedumbre? ¡No hay sitio en que podamos comer, ni albergue donde dormir!

—Pero si huyéramos, nos perseguirían.

—Hay un sitio en esa isla,—dijo el joven.

—¿Dónde?

—El sitio que se han hecho nuestros hermanos. . . . Han rodeado su casa de grandes trincheras, al Norte, al Sur, al Este y al Oeste; han hecho profundos hoyos y escondites, y hace poco vino uno de nuestros compañeros á hablarme. Entonces no hice caso de lo que me dijo; pero creo que me habló de armas. . . . Acaso allí pudiéramos encontrar refugio.

Redwood calló un momento y luego continuó:

—Hace muchos días que no he visto á nuestros hermanos. ¡Amada mía, he estado soñando y me he olvidado de ellos! Han pasado los días y no he hecho nada, ¡nada! . . . Sólo he pensado en verte. Ahora tengo que ir á visitarles y hablarles de ti y de todo lo que nos amenaza. Si quieren ayudarnos, pueden hacerlo. Y entonces, podremos tener esperanzas. Yo no sé las condiciones de resistencia que ofrece su casa, pero seguro es que Cossar la habrá fortificado bien. Antes de esto, antes de que nos conociéramos, recuerdo que la gente pequeña proyectaba hacernos daño; pero hubo elecciones, tiempo en que esas gentecillas establecen las cosas contando los votos, y eso nos salvó de sus ataques: se oyeron entonces amenazas contra toda nuestra raza, es decir, contra todos nosotros, menos tú. . . . Sí, iré á ver á nuestros hermanos. ¡Es tiempo de que les hable y les diga todo lo que nos pasa!

V

Cuando el joven acudió á la siguiente entrevista, ya hacía rato que ella esperaba. Habían convenido en verse al mediodía en un lugar del parque en que el río formaba una curva; y mientras la princesa le esperaba mirando al Sur y protegiéndose los ojos con la mano, aumentaba por minutos su ansie-

dad: le pareció que el mundo se hallaba en el mayor silencio y que este silencio maduraba algo. Y entonces se dió cuenta de que, á pesar de lo avanzado de la hora, su acostumbrado séquito de espías voluntarios había desaparecido. A derecha é izquierda no pudo descubrir á nadie por más que observó; y notó también la falta de botes en la plateada corriente del Támesis. Y trató de buscar una razón para aquella extraña quietud del mundo.

Cuando la grata visión apareció á lo lejos, la joven descubrió á Redwood por entre una abertura que había en la masa de arboleda que limitaba su horizonte. Al instante, volvieron á esconderle los árboles y luego le vió atravesar el bosque y acercarse á ella. Vió que había algo variado en él, y notó que parecía extraordinariamente agitado y que cojeaba. La hizo señas, y ella le salió al encuentro. Pudo distinguir entonces sus facciones con claridad, y vió con gran preocupación que cada paso que daba le atormentaba. Le faltaba el aliento, y entonces ella echó á correr extendiendo las manos, con el espíritu lleno de preguntas y vagos temores. Por fin, se vieron juntos y él la preguntó lleno de angustia:

—¿Hemos de separarnos?

—No,—contestó la joven.—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Porque si no nos separamos, ¡ha llegado el momento!

—Pero. . . . ¿qué pasa?

—Yo no quiero que nos separemos,—observó el joven.—Sólo que. . . . —y se interrumpió bruscamente, preguntándola:

—¿No me abandonarás?

Ella le miró con fijeza y dijo angustiada:

—¡Separarnos! Eso no. . . .

—¿Lo has pensado bien?—insistió el joven.

—No te dejes,—repitió ella cogiéndole la mano.—Y aunque esto significara la muerte, no te dejaría.

—Si significara la muerte. . . . —repitió él, sintiendo ella que sus dedos la sujetaban la mano.

El joven echó una mirada por todos lados

como si temiera que los sorprendiera la gente pequeña. Luego, repitió:

—Acaso sea la muerte. . . .

—Ahora, cuéntame lo que ocurre, —le dijo la joven.

—Han tratado de impedir que viniera aquí.

—¿Cómo?

—Al salir yo de mi taller, donde fabrico alimento de los dioses para que los Cossar lo almacenen en el campamento, me encontré con un diminuto oficial de policía, un hombrecillo vestido de azul y guante blanco, que me ordenó que no diese un paso más. —«Este camino está vedado,» —me dijo. —Hícele yo poquisimo caso. Dí la vuelta al taller, donde hay otro camino que da al Oeste, y me encontré con otro policía que me volvió á decir: —«Este camino está cerrado,» —y luego añadió: —«Todos los caminos están vedados.»

—¿Y luego?

—Empecé á discutir con él diciéndole: —«Estos son caminos públicos.» —«Pues precisamente porque son públicos queremos evitar que usted los estropee,» —me replicó. —«Está bién; iré por el campo.» —Y entonces surgieron detrás de un cercado nuevos policías, que me dijeron. —«Estos campos son propiedad privada.» —«Vayan al demonio vuestro público y sus propiedades; yo voy á ver á mi princesa.» —Y me incliné y con cuidado le levanté del suelo, mientras él chillaba y pataleaba, quitándole de enmedio del camino. Al momento, ví llenarse todos los campos de hombres que corrían. Uno, á caballo, galopaba á mi lado y me leyó no sé qué, á gritos. Terminó su lectura y dió vuelta al caballo galopando. No entendí ni una palabra. Y entonces oí el ruido de las escopetas.

—¡Escopetas!

—Sí, las mismas con que mataban las ratas. Las balas silbaron como si rompiesen mil cosas y una me dió en la pierna.

—¿Y tú?

—Yo seguí corriendo dejándolos gritar y tirar á su gusto. . . . Y ahora. . . .

—¿Qué harán?



—Esto es sólo el principio. Quieren separarnos y me persiguen.

—¡Pues no nos separaremos!

—¡No! Si no me abandonas, tienes que decidirte á seguirme para reunirnos con los hermanos.

—¿Por qué camino iremos?

—Por el del Oeste. . . . Por este lado vendrán mis perseguidores y tomaremos el otro. . . . ¡En marcha, pues, por esta alameda! Y déjame ir delante por si nos acechan aquí también.

Redwood se adelantó; pero ella le cogió por el brazo.

—No, —exclamó. —Yo á tu lado, sosteniéndote. Acaso mi persona real les sea sagrada. . . . ¡Ojalá pudiéramos huir rodeándote yo con mis brazos! Acaso entonces no se atreverían á disparar contra ti.